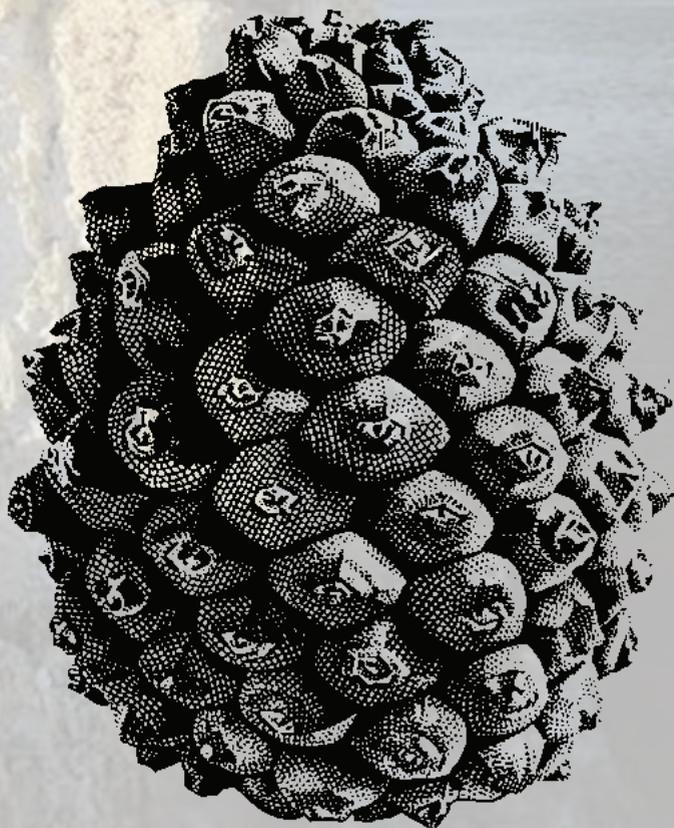


otoño 2021

***Cuadernos de
Encuentro***

146



EN ESTE NÚMERO

	<u>Pág.</u>
Hipócritas, mirar y ver , <i>Emilio Álvarez Frías</i>	3
Nosotros y el romanticismo , <i>Luis Fernando de la Sota</i> ...	7
Ante la vida y la muerte , <i>Luis Buceta Facorro</i>	11
El totalitarismo es necesariamente socialista , <i>Ricardo Martínez Cañas</i>	13
Bicentenario de la muerte de Napoleón (1821-2021): Entrevista a Thierry Lentz , <i>Arnaud Imatz</i>	18
En la vida espiritual el que no avanza, retrocede , <i>Alberto Buela</i>	26
Nafarroa: Decisiva fase táctica del panvasquismo , <i>Fernando José Vaquero Oroquieta</i>	28
El busca de horizontes , <i>Manuel Parra Celaya</i>	38
Coaching, las tecnologías del yo y el control social , <i>Javier Barrycoa</i>	44
Nacimiento de un niño , <i>José María Méndez</i>	50
Sin propiedad , <i>Juanma Badenas</i>	53
Derecho natural, evangelio e ideología , <i>Pablo Sanz Bayón</i>	56
«Citius, altius, fortius», y en la montaña..., también «pulchrius» , <i>Diego Fernando Cámara López</i>	58
Libros	61
Amanecer de otoño , <i>Antonio Machado</i>	67



Cuadernos de Encuentro

2ª ÉPOCA

Nº 146 - Otoño 2021

EDITA:

CLUB DE OPINIÓN ENCUENTROS

C/. Santovenia, 19

28008-MADRID

secretaria.encuentros@yahoo.es

DIRECTOR

Emilio Álvarez Frías

JUNTA DE GOBIERNO:

PRESIDENTE

Luis Fernando de la Sota Salazar

VICEPRESIDENTE

Antón Riestra Pita

SECRETARIO GENERAL

Fausto Heras Marcos

TESORERO

Gerardo Hernández Rodríguez

VOCALES

Luis Buceta Facorro

Fernando Cadalso Preciado

José Manuel Carabaña Ortega

Gonzalo Fernández Suárez de Deza

Carlos Giménez de la Cuadra

Adolfo Irazzo González

Jesús Martínez Martínez

Fernando Ortíz Monteoliva

CONSEJO ASESOR

Antonio Diosdado Serrano

Dalmacio Negro Pavón

Luis Suárez Fernández

Juan Velarde Fuertes

Impreso en Artes Gráficas DEAN, s.a.

Depósito Legal: M-13837-1988

El **Club de Opinión Encuentros**, a través de actividades relacionadas con la cultura y el pensamiento, aspira a contribuir a la formación de una corriente regeneradora en España acorde con los tiempos actuales. Siendo un Club con vocación de «encuentro» de los españoles, admite en las páginas de sus publicaciones, en sus tertulias y conferencias, los juicios de cuantos se encuentran en esta línea, sin que ello suponga asumir las distintas opiniones.

HIPÓCRITAS, MIRAR Y VER

EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS

Somos incorregibles. Me refiero, naturalmente, a la especie humana, pues la animal sigue sus pautas con una rigidez que no somos capaces de comprender del todo. Estos, los llamados animales, solo introducen modificaciones cuando han de acomodarse al ambiente que los rodea (el calor, la lluvia, los alimentos que pueden encontrar, los congéneres que participan sus caladeros, etc., pero no recurriendo al capricho, a la ocurrencia del macho de la manada, o de la hembra que considera que es imprescindible la paridad entre hembras y machos, y están de acuerdo en considerar como lógico que un macho arrejunte una buena tanda de hembras cuando llega el momento del apareamiento). Estos, los llamados animales, siempre procreando en las mismas fechas, tomando los mismos alimentos, unos andando por el suelo, otros volando por los cielos, los hay que gustan de vivir arriba de los árboles, también abundan los metidos siempre dentro del agua, aunque también los hay que alternan tierra y agua,... Pero, eso sí, repitiéndose constantemente. Mas nosotros, los humanoides, seguimos otros patrones, que para eso tenemos inteligencia, y prácticamente solo queremos enterarnos de lo que queremos para ver las cosas, los acontecimientos, la historia, la belleza o lo feo, lo bueno o lo malo,... tomándolo de la forma que nos guste en cada momento, encajándolo dentro de nuestros esquemas, ajustándolo a nuestros planteamientos de ese tiempo, respondiendo a nuestro discurso para acoplarlo a nuestra ideología, lo que nos sirve para seguir el camino que nos vamos trazando. Con ello, siendo libres en el pensamiento, es frecuente que cerremos nuestras entendederas a cualquier otra interpretación, a lo que opina el amigo o el enemigo, a lo que escriben los pensadores por muy ilustres que sean y de ellos podamos aprender en cantidad. No nos paramos a pensar durante un momento dejando de lado los condicionantes que nos hemos impuesto. Por ello no resultaría baldío escuchar a Confucio cuando dice: «Cuando veas a un hombre bueno, trata de imitarlo; cuando veas a uno malo, examínate a ti mismo». Pero no. Nos encerramos en el absurdo.

Ni sería malo seguir los pasos de la Marquesa de Lambert, que allá por finales del xvii y principios del xviii, lejos de perseguir las frivolidades de su tiempo, fue el templo del decoro y el buen gusto, reaccionando contra el cinismo y la vulgaridad, siendo un verdadero honor para los ingenios de su época ser admitido en su famoso «martes». Una de las máximas que se la atribuyen apunta que «Vivimos con nuestros defectos igual que con nuestros olores corporales: no los percibimos; no molestan sino a quienes están con nosotros». Eso nos ocurre, a unos más que a otros, en estos tiempos. Estamos tan impregnados de nuestros olores que no percibimos lo que hay a nuestro alrededor. Ni nos molestamos en pensar si hay o no otros olores en nuestro entorno; si esos olores son mejores que los propios y por ello sería inteligente intentar cambiar los que nos acompañan.

Con ese andar por la vida, un tanto desaliñados, sin ajustarnos a unas normas más o menos permanentes, nos dejamos llevar por los nuevos modelos que surgen constantemente, en unos casos «la moda», en otros las nuevas ideas, en ocasiones las ideologías (que no son lo mismo, pues el diccionario de la RAE califica a estas como «disciplina filosófica que estudia las ideas, sus caracteres y especialmente su origen), o las maneras de desenvolverse, la influencia de los cambios de clima,... Ya nos lo decía Mark Twain cuando comentaba que «es más fácil engañar a alguien que convencerle de que ha sido engañado. Puede ocurrir, y de hecho ocurre cada día, que la gente cambia de idea y opinión». Naturalmente, Platón, que no perdía comba, también nos dejó dicho algo al respecto, opinando que «existen entes materiales, absolutos, inmutables y universales independientes del mundo físico de las que derivan todo lo que existe en ese plano físico. Serían, por ejemplo, la bondad, la justicia, la virtud o el mismo ser humano en sí mismo. Y de ellas derivan todo lo bueno, todo lo justo, todo lo virtuoso». No se paró ahí, pues tuvo capacidad para dejar dicho muchas otras cosas que, lógicamente, no caben en estas páginas. Mas no viene mal recordar que desmitificó el papel de los sentidos en el conocimiento de la realidad porque muestran un mundo imperfecto y cambiante, no la verdadera realidad. Y en ese mundo imperfecto y cambiante es donde nos metemos continuamente, con alegría e insensatez, siguiendo las ideas o ideologías de unos osados que tratan de inventar las cosas que ya son, proyectándolas en nuevos esquemas que suelen llamar progreso. A ellos ya se había adelantado Platón cuando desmitificó el papel de los sentidos en el conocimiento de la verdad porque muestra un mundo imperfecto y cambiante, no la verdadera realidad. El consideraba que la parte tripartita del alma se dividía en: 1. La parte votiva, donde residen los apetitos y deseos incontrolados. Es el animal negro y rebelde; 2. El ánimo, bajo la forma de caballo blanco, es la parte que aspira siempre a la verdad y al bien; y 3. El auriga, el hombre que lo dirige, simboliza la razón, es el encargado de controlar los apetitos.

Y ello, pasando el tiempo, lo bajó a lo vulgar, a lo cotidiano, con intención de que nos enteráramos, la Iglesia católica mediante la Pastoral *Gaudium et Spes*, de Pablo VI, en cuyo punto primero del proemio, titulado «Unión íntima de la Iglesia con la familia humana universal» nos dice:

Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia.

Es decir, que la Iglesia católica intenta espabilarnos situándonos en el mundo imperfecto y cambiante de Platón, sacándonos a la verdadera realidad, al encuentro de la bondad, la justicia, la virtud o el mismo ser humano en sí mismo, o lo que normalmente llamamos valores humanos. Si tomamos como manual esos conceptos es más sencillo el camino de la vida.

Todo este exordio intenta situarnos en el momento actual de la realidad en la que vivimos. El párrafo de la *Gaudium et Spes* define sobradamente la situación de la España del presente en cuanto a lo que es la vida pura y dura de los españoles, sumidos en una pandemia que abarca el orbe en su totalidad, pero especialmente dirigida por

unos incompetentes que son incapaces de tomar las medidas necesarias para que se pueda cortar la enfermedad al mismo tiempo que funcione el país de forma y manera que todos sus habitantes, con las restricciones que vengan al caso, puedan seguir una vida lo más normal posible, sin tener que estar sometidos a la miseria en muchos casos, a la falta de trabajo en cantidades desconocidas por no haber sabido conjugar el mal con el funcionamiento de la sociedad en todas sus estructuras, aprovechando sus dirigentes ese tiempo de desconcierto para sus maquinaciones encaminadas a convertir el país en lo que ya intentaron sus predecesores en el año 1936, haciendo con la vida de toda la colectividad un amasijo de gente ignorante, sin criterio propio, sometidos a los mandatos de los dictadores, con la intención de refreír al pueblo soberano en la ponzoña de una ideología obsoleta y abandonada por todos los países serios del mundo, ideología que presentan como progresista cuando lo único que ofrece como novedoso son las leyes destructoras de todos los valores humanos que han de orlar las mentes de los españoles, leyes que presentan sin ninguna sofoco en los lugares adecuados de la Administración y cuya aprobación sacan con fórceps en el parlamento.

Contrario a lo que deberían hacer para que los habitantes de los distintos rincones del país, desde su nacimiento, tomaran como gallardete de sus conquistas por la



Sócrates bebiendo la cicuta

vida lo bueno, lo justo y lo virtuoso que nos recomendaba Platón para desarrollarlo siguiendo las sencillas indicaciones que nos dejara el Nazareno. Probablemente de esa forma, siguiendo tales consejos, decrecería el número de asesinatos que tienen lugar por todo el mundo, de suicidios de gentes que no han encontrado su camino en la vida, de violaciones, de robos de todas las especies que se producen constantemente, de guerras por intereses espurios y ambiciones desmedidas, de odios y envidias entre los seres humanos que los privan de la alegría y goce de transcurrir por este mundo

que debiera estar pletórico de felicidad y amor, de todo aquello que enturbia la convivencia.

Pero lo que nos ofrece el panorama legislativo así como el impuesto y ejercido por las autoridades españolas va por el camino contrario. No se trata de fomentar la familia y las relaciones entre sus miembros, desde el nacimiento hasta la muerte; de enseñar buenas costumbres respeto a los semejantes e incluso el amor a la patria; de las buenas relaciones entre los miembros de la sociedad, admitiendo a cada quien como es, respetando sus costumbres y hábitos adquiridos por la edad; del aprendizaje en las escuelas, centro fundamental de formación en los primeros años, junto con la familia, intentando dar una cultura e instrucción seria y completa, básica y sencilla, pero con la intención de que mañana pueda servir para que, voluntariamente, cada individuo pueda desarrollarla tan ampliamente como su vocación le indique; sin olvidar cómo es la vida de la especie humana a lo largo del camino que tiene que recorrer, dotando al individuo de los principios que han de servirle para el desarrollo de su profesión, su voluntad, sus inclinaciones... Nos encontramos con que, frente a ese sencillo manual de convivencia casi todo lo que se presenta ante nosotros, ante la juventud, es la violencia. No se recatan en absoluto ni las películas, ni la televisión, ni las enseñanzas en la calle. No tienen esa intención los porteadores de la política que en sus andanzas tendrían que ser los primeros en intentar esa buena formación de los naturales del país, sino que hacen lo contrario siguiendo las orientaciones de las ideologías con la que actúan; y así, ponen en marcha programas educativos que no forman a los jóvenes como debiera ser la intención, promulgan leyes como la de LGBTI sacando a relucir el género frente al sexo y rompiendo todas las leyes de la naturaleza, ley que será complementada con la «trans» que se encuentra en el coedero; la ley del aborto, que avanza cada día un poco más, que justifica la muerte de los no nacidos que son un ser vivo e independiente desde la concepción, mientras que, arteramente, defienden al más vil y repugnante animal, castigando a quien los hace o mata por las razones que sean, mientras felicita a quien asesina a un niño que podría ser el hombre que estamos esperando para que todo mejore; la ley de eutanasia que viene a romper la vida otorgada por el Ser Supremo a cada uno de nosotros, con la obligación de que la cuidemos hasta el día de muerte natural para el encuentro con Dios;...

Y podríamos seguir todavía más hablando de la manipulación respecto al lamentable y doloroso hecho de la muerte violenta de nuestros semejantes. Y no sería difícil extendernos en la tan publicitada muerte violenta de las mujeres cuando los datos estadísticos nos dicen que el 62% de muertes son de hombres contra hombres, el 28% de hombres a mujeres, el 7% de mujeres a hombres y el 3% de mujeres a mujeres. Sin olvidar la muerte de niños: de los 24 niños muertos por mujeres de 2019, 12 fueron por mujeres y 9 por hombres. De las muertes por sus parejas, de 55 en 2019, el 35% fueron por extranjeros. En cuanto a violaciones contabilizadas, el 63% fueron cometidas por españoles y el 37% por extranjeros. Y algo que no se tiene en cuenta pero que son datos muy significativos, que de 3.671 suicidios en 2019, 2771 fueron de hombres y 900 de mujeres; y que por cada suicidio se producen 20 tentativas. Las estadísticas son muy largas y producen pavor. ¿Este es el mundo en el que nos movemos, vivimos y queremos ser felices? Sin duda, algo falla estruendosamente. ●

Apuntes polémicos

NOSOTROS Y EL ROMANTICISMO

LUIS FERNANDO DE LA SOTA

Desde hace muchos años vengo manteniendo una estrecha amistad con el director de esta revista de *Cuadernos de Encuentro* nacida de nuestro conocimiento desde niños en organizaciones juveniles de la época, pero sin que ello evite el que tengamos frecuentes divergencias motivadas por nuestras distintas formas de entender la forma en que sería más eficaz la publicación, para hacer llegar a socios y lectores nuestros análisis y opiniones sobre los temas que puedan ser de su interés.

Es un tema recurrente ya que cada vez que hay que sacar un número, y por motivos de confección e impresión, tener que escribir adelantando casi dos meses mi opinión sobre cosas, a sabiendas de que cuando se publiquen ya se han quedado obsoletas, y me exaspera que lo que pudieran tener de originales diera la impresión que ha sido copiado de otros autores.

Y él, a su vez, siempre me recuerda que es el inconveniente y el peaje que hay que pagar por escribir en una revista de periodicidad trimestral, y no hay más remedio que acostumbrarse a escribir artículos sobre temas intemporales.

Y tiene razón, mas como es un tema antiguo y hemos pactado no volver a tratarlo, voy a intentar adaptarme a lo que me dice. Y mira por donde, en uno de los correos que hemos cruzado con nuestras divergencias, hay una frase suya que me ha dejado confuso y me ha dado tema para este artículo.

Se trata de una referencia a nuestro Club como un grupo o sector «romántico». Y mi sorpresa es mayúscula porque a mí nunca se me hubiera ocurrido calificarlo de esa forma. Y eso ha despertado mi curiosidad y la pregunta de: ¿Seremos realmente un grupo romántico? Y como los que me conocen saben que casi siempre que escribo algo, y en según qué casos, soy muy adicto al María Moliner, a las hemerotecas y a los dichos y refranes populares, en el primero para tratar de adecuar correctamente las definiciones de cada cosa según los expertos doctores de la lengua; en el segundo, bebiendo en los manantiales de esa memoria escrita y ya ahora virtual, que tantas veces se intenta ignorar o burda y groseramente reescribir; y la tercera, para admirar y aprender del tesoro de experiencia de siglos de la «gramática parda» de nuestro pueblo campesino y rural, (del que por cierto supongo viene lo de «parda», por el color de sus antiguos atuendos pueblerinos).

Y en este caso he empezado por el diccionario.

Y me encuentro con todo lo que es bien sabido. Y que, sintetizando mucho, es que el romanticismo fue un periodo histórico que nació en el siglo XVIII y siguió en el XIX, que transformó la filosofía, la cultura y el arte de la época en Europa y América, y que

«lo romántico» se atribuye a los cambios del comportamiento de las personas de esa época basado en los sentimientos, especialmente en el idealismo, el amor y la ternura, que quedan reflejados en la literatura, la música y, en general, en toda su expresión cultural.

Bien. Pero entonces me pregunto: ¿y qué tiene que ver nuestro Club como asociación y personalmente yo como miembro de la misma con todo eso?

Claro que, en la adolescencia de los que tenemos más años de los debidos, hemos leído con mayor o menor interés o devoción a autores muy representativos de esa época: el Werther de Goethe, a Schiller o a Lord Byron, a Oscar Wilde, o las interminables novelas de Víctor Hugo. Y ya en los españoles, las Rimas de Gustavo Adolfo Bécquer, las más realistas y sentenciosas de Campoamor, así como a Espronceda, Larra, etc.

Pero en mi caso nací en una época, como la mayor parte de los cofundadores de *Encuentros*, muy influenciada por los fascismos y marxismos que imperaban en Europa, por lo que todo lo anterior a nosotros, y especialmente lo que tuviera algo de tufillo o que consideráramos «romántico», lo despreciábamos un poco como algo decadente y caduco, en definitiva, blandito y un tanto afeminado.

Éramos más de Wagner que de Chopin para entendernos. Y más de la épica y los



Escena de la ópera *Tamhauser*, de Wagner

libros de caballería, que de historias de frustraciones, fracasos o amarguras. Y nuestros héroes y ejemplos a imitar eran siempre guerreros, conquistadores y aventureros, situados normalmente en épocas pasadas que considerábamos gloriosas, nada que ver por tanto con una sociedad edulcorada, triste y atormentada.

Pero dicho esto, lo cierto es que esta opinión ya con otra edad y otra perspectiva, sería injusto no contemplar el romanticismo desde otros aspectos también muy importantes y dignos de tener en cuenta si se quiere ser objetivo.

Lo primero es que este fenómeno filosófico y cultural que nació en Alemania y Reino Unido lo hizo en principio contra el sistema dominante en Europa, en aquel momento contra la Ilustración y el neoclasicismo, y por tanto con un fuerte espíritu liberal y revolucionario que fue capaz de atraer y encandilar a millones de personas, especialmente jóvenes, que no cabe duda de que efectivamente revolucionaron la literatura, la poesía, la música o la pintura. Y con gran éxito. Sería interminable citar tantos nombres que destacaron en todas esas parcelas de la cultura de su tiempo, y que incluso hoy consideramos como genios. A unos les gustarán más o menos sus obras, pero creo que mayoritariamente todos los reconocemos hoy su calidad y sus valores y lo que Europa y nuestra civilización les debe, y que no siempre fueron reconocidos ni entendidos en su época por sus coetáneos, como nos cuenta Helena Cortés en su libro sobre *El diván de oriente y occidente* obra cumbre de Goethe.

Y aunque su concepción de la vida era un poco lánguida, o decaída, aparece también un aspecto importante: La defensa de la Patria, para ellos más bien la nación. Especialmente en Alemania y en Italia.

Unos nacionalismos tal vez un poco bucólicos, pero no menos apasionados. Y cuando escribo esto hoy, vienen en seguida a mi recuerdo dos cosas:

Por un lado las palabras de José Antonio Primo de Rivera en su escrito *La Gaita y la Lira* en los años treinta del siglo pasado, en los que definía perfectamente la diferencia del concepto de nación como el muy respetable amor a la tierra y a la aldea donde se nace, *la Gaita*, y el amor superior a la Patria, como conjunto de valores espirituales, históricos y culturales, *la Lira*.

Y por otro, aquella famosa escena de la película sobre Verdi, con el impresionante coro de los esclavos de la ópera Nabuco, que enciende entre los espectadores el espíritu de lucha contra el invasor extranjero.

Lo cierto es que, haciendo una rápida relectura de varios de los autores de la época romántica que he citado antes, me doy cuenta de que junto a esa tal vez falsa apariencia, de laxitud, aparecen abundantes historias de las llamadas de capa y espada, y como de fondo tremendas denuncias de flagrantes situaciones de extrema pobreza, de irritantes abusos de poder y de injusticias sociales así como frecuentes noticias no solo de suicidios, fruto de decepciones amorosas o frustraciones sociales o literarias, sino también de viriles lances, en los que las ofensas y litigios se solían dirimir con la espada o la pistola.

Y en este sentido, recurriendo, no a los dichos o refranes que como he dicho antes soy muy aficionado, porque en este momento no se me ocurre ninguno, si no a esa forma coloquial y popular también muy sabia y expresiva en la que cuando alguien se propone realizar alguna actividad, conseguir algún objetivo, o culminar alguna aventura y no necesariamente amorosa, de enorme dificultad y con muy escasas posibilidades de conseguir o realizar, se le suele calificar de «romántico».

Y estoy empezando a pensar que igual tiene razón mi amigo Emilio. Porque nuestro Club efectivamente desde su fundación viene empeñado en una tarea, que en ese sentido bien puede ser calificada de «romántica». No somos muchos, tenemos pocos recursos económicos, defendemos con contumacia una serie de ideas y valores que van habitualmente a contrapelo de la política de los diferentes partidos y gobiernos, y como somos rabiosamente independientes, para colmo, nunca hemos querido que nuestro Club perteneciera a ningún partido concreto ni que sirviera como trampolín para alcanzar dudosos cargos o prebendas que pudieran lastarla.

Y eso es así, porque desde hace ya muchos años y algunos desde nuestra adolescencia o juventud, aprendimos a ser, a pensar y a comportarnos de ese modo, y ya llevamos más de cuarenta años haciéndolo.

Solo opinar y transmitir con rigor y objetividad. Acertando en muchas cosas y equivocándonos en otras. Sin esperar otra cosa que el reconocimiento y el apoyo de nuestros socios y simpatizantes, y sobre todo por nuestra necesidad y firme decisión individual y colectiva de no abandonar, de no rendirnos, de seguir dejando constancia y testimonio de lo que fuimos, somos y queremos seguir pensando, siendo y defendiendo mientras vivamos.

Y todo eso manteniendo lo que tenemos a gala, y nuestro signo diferencial de siempre, haciendo honor a nuestro nombre de *Encuentros*. Nuestra actitud de estar abiertos a contrastar y debatir y sobre todo respetar otras ideas u opiniones aunque no coincidan con las nuestras, de lo que es buena prueba esta revista.

¿Que posiblemente a estas alturas todo esto tenga todas las características de una empresa que pueda considerarse una tarea romántica, pues es muy probable, aunque no sea más que por aquello que dicen los americanos de que si se parece a un pato, anda como un pato, y grazna como un pato es que es un pato.

Pero, naturalmente, no vamos a cambiar, y sobre todo ahora precisamente cuando las cosas se van poniendo cada vez peor para los que así pensamos.

Y es posible que nos llamen no solo románticos en el mal sentido de la palabra sino también nostálgicos o ilusos, vocablos que siempre rechazo con vehemencia, y que también merecen una reflexión que ya excede del tamaño de este artículo.

Pero como no soy historiador ni pretendo dar lecciones a nadie, dejo e invito a otras personas más cualificadas que yo, profesionales de la filosofía, la literatura, la poesía, la música o la pintura, a encontrar, si las hubiera, otras coincidencias, o al revés, con aquel espíritu del periodo romántico y de sus fundadores y mantenedores, de luchar por cambiar moldes, estructuras, modos de ser y de vivir, en definitivas revolucionarias, a que se animen a intervenir en este debate y en estas disquisiciones más sobre este tema del romanticismo y nosotros. ●

ANTE LA VIDA Y LA MUERTE

Luis Buceta Facorro

Catedrático

Las dos únicas verdades terrenales incontrovertibles son, a mi entender, la vida y la muerte. Venimos de una eternidad y vamos hacia otra eternidad con la carga de lo que hemos vivido. Ante esta realidad solo hay dos opciones: Dios o la nada. Cristianamente hay una respuesta de esperanza y alegría ante estas verdades. La existencia de un Dios creador y su proyección en la tierra, Jesucristo, nos garantizan esa esperanza. Dicho de forma más elocuente: «La última palabra del ser no es ya lo absolutamente innombrable, sino el amor. Este se hace visible concretamente en el dios que llega a ser, él mismo, criatura y, de esta manera, une a la criatura con el Creador» (Ratzinger, 2013), por lo que el amor es la palabra más excelsa, la palabra verdaderamente última de todo lo real. Ante la muerte de una persona, hay que plantearse su vida y aplicar el evangélico principio de «por las obras los conoceréis».

En el mundo secularizado, hay un intento de ignorar la muerte, al menos, deshacer nos del sentido cristiano y dejarlo reducido a un hecho social. De aquí la costumbre de ese minuto de silencio y unos aplausos finales, con los que se manifiesta, o quiere manifestarse, el pesar colectivo; tras los aplausos queda satisfecho y, permite volver cada uno a los suyos. Se quiere eliminar todo sentido religioso y se ignora, aunque persistan formas, que den trascendencia a esa muerte. Ejemplo de esto último es el mantenimiento de las esquelas periodísticas, en las que, ciertas instituciones, para manifestar su neutralidad secularizada, de no confesionalidad, han empezado suprimiendo la cruz y su petición de una oración por su alma o su eterno descanso, y lo han sustituido por manifestar su dolor y pésame a la familia. Como la propia esquila ha venido representando un sentido religioso, estos nuevos destructores, han terminado por suprimirlas. Así lo hacen ahora Universidades que conozco que han pasado de una esquila por sus profesores sin cruz y doloridos compañeros, a la supresión total de la misma, porque no entra en las partidas del presupuesto. Profesores, catedráticos que han dedicado a la institución décadas de su vida, cuando se jubilan, son olvidados totalmente y cuando mueren, incluso habiendo sido decanos ejemplares, no tienen ni el mínimo recuerdo, ni cristiano ni secularizado. Incluso, también, en célebre universidad de la Iglesia Católica Española. Quieren presentar la muerte como algo natural y sin otro alcance. Desean no dramatizar la muerte y descristianizar su valor trascendente, que va unido a la vida y a las personas como criaturas, en libertad y responsabilidad.

Estas reflexiones, que estimo bastante acertadas, aunque puedo equivocarme, me han llevado a escribirlas ante la reciente muerte, inesperada, de mi entrañable amigo y ejemplo de hombre bueno y creador, Federico Sánchez Aguilar, miembro activo de nuestro *Club de Opinión de Encuentros*. Sus amigos y familiares, alrededor de su mujer Carmen, esposa ejemplar y profundamente humana y comprensiva, que, siempre, inseparable de su marido, nos ha acogido con discreción y profundo cariño, le hemos rendido homenaje e íntimo recuerdo. Pero aquí viene mi pensamiento, que, sin desvalorizar el sentido y la importancia de estos recuerdos, en los que, lógicamente, se habla bien del fallecido y de sus virtudes, carecen, en cierta forma, de lo más profundo de

su significado. Con arreglo al principio cristiano de «por los hechos los reconoceréis», deberíamos sentir qué es lo que esta persona ha representado para nosotros y, a través de ello, entender su conocimiento. Personalmente, Federico, para mí, ha representado la comprensión, valoración y ánimo con un afecto indescriptible, en el momento que alguien ha definido como el «vacío existencial de la ancianidad». La ancianidad no es la vejez, pues ésta representa deterioro, mientras que la ancianidad, solo es, que tenemos los años sobrepasados.

- En este sentido, Federico, ha sido uno de los pocos pilares, por no decir escasos, para superar, con alegría y esperanza, estos últimos años de vida, en que la sociedad y, dentro de ella, las instituciones a las que has dedicado tu vida te olvidan y obvian, como si fueras un estorbo. Hoy, más que nunca, el desprecio a la ancianidad es evidente y, en muchos casos, cruel. De ahí que el vacío existencial de la tercera edad constituya una realidad en nuestra sociedad. Pues bien, junto a la familia y, en mi caso, otro quehacer, dentro de este *Club de Encuentros*, con inmejorables amigos, un fuerte pilar lo representó Federico y su tertulia taurina de Capital Radio, con extensión a la cena en el restaurante Ferreiro de Ernesto Feito, en Comandante Zorita, 32, donde hablábamos de lo humano y lo divino, con alegría, libertad y esperanza. Entiendo y siento en lo más profundo de mi ser, en mi alma, que Federico me proporcionó alegría de vivir y sentirme útil y con valor de todas mis vivencias, presentes y pasadas, transmitiendo esperanza cristiana de futuro. Este hacer representa un real amor al prójimo, y a Dios se llega a través de las personas y la sincera amistad es un acto de amor.

Como quiera que según consta con evidencia, este proceder conmigo ha sido norma en su vida y Federico con su ironía y bromas incluidas, ha sido amigo de sus amigos y siempre ha ayudado, dentro de sus posibilidades, a todo aquel que lo ha necesitado, soportando sin rencor ni resentimiento los olvidos y frustraciones que muchos le han producido. Esta actitud y comportamiento representa un ejemplo de hechos positivos hacia los demás. Tal comportamiento ha ido acompañado de un gran espíritu creativo, pues Federico ha sido de los hombres con sentido comunitario, con un amor a España incuestionable y, como firme joseantoniano, consciente de su quehacer en la historia, cuyo pasado plasmó en una veintena de libros, todos constructivos, sin odios ni rencores hacia el adversario, aunque este lo hubieran considerado, a él, como su enemigo. En definitiva, hay que destacar el valor cristiano de su vida y, desde esta perspectiva ha sido ejemplar y luz en el duro y tantas veces, oscuro camino de nuestras vidas. Le llamábamos Adalid, y eso fue desprendidamente, marcando e iluminando el camino de huestes de personas. Eso es amor al prójimo, ayudar y querer desinteresadamente.

Dentro de los sencillos, pero claros, principios y aforismos en que asiento mi esperanza cristiana, está «la Comunión de los Santos», algo que se repite como creencia, pero no se valora debidamente. Por este principio todos somos partícipes y formamos una comunidad única. Los pasados, los presentes y los futuros constituimos una unidad y nos apoyamos unos en otros hasta encontrarnos en la Unidad Suprema y Total que es Dios. Los pasados triunfantes representan todos los que nos han precedido y, misteriosamente, siguen participando en nuestras vidas. En mi creencia cristiana, Federico, por la Comunión de los Santos está y sigue estando con nosotros «presente en nuestro afán» de cada día, como reza la canción falangista que el tanto amó. La vida y la muerte tienen un sentido cristiano de vida perdurable que no debemos olvidar y debemos recordar. ●

EL TOTALITARISMO ES NECESARIAMENTE SOCIALISTA

RICARDO MARTÍNEZ CAÑAS

Doctor en Geografía e Historia y ex profesor de la Universidad Complutense de Madrid.

Aunque hay quienes tachan de totalitarios a regímenes que no fueron socialistas, parece evidente que, según han señalado autores muy diversos, el totalitarismo no es posible sin socialismo. Sólo puede establecerse por quienes, teniendo todo el poder político del Estado, intervienen y estatalizan toda la vida social, sometiendo la natural diversidad y preferencias individuales y grupales a un criterio de igualdad que despersonaliza, en mayor o menor grado, sus vidas al estandarizarlas conforme a una sacralizada verdad oficial. Una *verdad* defendida y difundida mediante la educación, la propaganda y el vigilante y amenazante control de la disidencia, nunca extinguido del todo por las inevitables pulsiones humanas hacia el libre pensar y decidir.

El reconocido socialista Luis Araquistain Quevedo (1886-1959), que fue miembro del Comité Nacional del Partido Socialista desde 1915 y destacado intelectual de sus filas, alternó su ejercicio en ellas como diputado, subsecretario y embajador, con la dirección de varias revistas, entre ellas la nombrada *Leviatán* (1934-1936). Revista en cuyo primer número, a guisa de presentación y explicación de dicho título, Araquistain atribuye a Thomas Hobbes, como un gran acierto (a mi ver muy discutible), que, en su originario *Leviatán*, había desechado la idea aristotélica de que el estado normal del ser humano es la convivencia social, defendiendo que, muy al contrario, «Lo propio del hombre es la guerra de todos contra todos; de unas naciones contra otras; pero sobre todo, de unos individuos contra otros. El hombre es lobo para el hombre: vive en perenne guerra civil»¹.

Para evitar esta supuesta lucha, producida al disputar cada uno a los demás el disfrute de los bienes a que todos se sienten con derecho, Hobbes propone, según indica Araquistain, que todos esos derechos se socialicen, que se cedan al Estado, representado en ese *Leviatán*. Y dado que entre esos derechos cedidos está el de propiedad, ya no habría más propietarios que el Estado, en el cual desaparecerían las clases y, por tanto, la lucha entre ellas. Dice también Araquistain que, aun descontando ciertos aspectos del *Leviatán* de Hobbes, «su teoría de la sociedad y del Estado es tan honda, tan clarividente, que nadie la supera hasta el siglo XIX. En rigor [afirma], Marx y Engels no hacen sino completarla, llevarla hasta sus últimas consecuencias; no habrá paz civil [concluye por su cuenta el socialista Araquistain] hasta que los expropiados se apoderen de *Leviatán* y con su fuerza expropian a los expropiadores, socializando definitivamente la propiedad». Y añade rotundo, en el sentido de nuestra afirmación inicial:

¹ Ver <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/a/araquistain.htm>; y ARAQUISTAIN, LUIS: Revista *Leviatán*, Nº 1, Madrid, mayo de 1934, pp. 1-2. En *LEVIATÁN (Antología) selección y prólogo de Paul Preston*. Ed. Turner, Madrid, 1976.

Mucho se habla en estos tiempos [año 1934] de Estados totalitarios; pero un Estado totalitario dentro del capitalismo es una contradicción de conceptos y una falsedad de hecho.

Tras lo cual, en contra de quienes, seducidos por la moda de entonces, decían que sus Estados eran, o querían ser, totalitarios, sin serlo, termina diciendo:

Estado totalitario quiere decir cesión a él por parte del individuo de todos los derechos naturales; pero un Estado que mantiene la expropiación de los más y la defensa armada de la propiedad de los menos sigue siendo el viejo Estado de clases, la dictadura organizada de una clase, aunque se llame Estado corporativo u otra cosa igualmente sofisticada. Ese Estado es el Anti-Leviatán².

Estas alusiones de Araquistain parecen dirigidas a ciertas manifestaciones y movimientos coetáneos no comunistas, como podrían ser, entre otros de signo también socialista, el de Mussolini e, incluso, el de Hitler en 1934, ya que, según dice Payne, «El régimen de Mussolini no era en absoluto totalitario, y el sistema de Hitler tampoco alcanzó el pleno totalitarismo, aunque en su última fase se fue acercando cada vez más a él». Esto es algo en lo que (según indica el mismo Payne) Hannah Arent se muestra de acuerdo «al observar que el pleno totalitarismo nazi, equivalente al modelo soviético, no se podría haber desarrollado hasta después de la victoria en la guerra, dada la inversión por Hitler de las prioridades revolucionarias de Lenin y Stalin». Y añade Payne, con afirmaciones tan claras y terminantes como las ya citadas de Araquistain:

De hecho, un sistema socialista o comunista es el único que puede lograr el pleno totalitarismo, pues el control total requiere una revolución institucional total, que no se puede efectuar sino mediante el socialismo de Estado. El socialismo no ha de ser forzosamente totalitario, pero el totalitarismo ha de ser socialista³.

Abundando en ello, recordemos que el socialista George Orwell, que ya había manifestado su preocupación por el totalitarismo en obras anteriores, y que se ocupa especialmente, en modo alegórico, del régimen comunista en su *Rebelión en la granja* (año 1945), viene a mostrar ese mismo carácter socialista del totalitarismo en el detallado e interesante estudio que de él presenta, el año 1949, en su novela titulada *1984*⁴. La acción se desarrolla en el INGSOC (socialismo inglés), al que se supone haber llegado *perfeccionando* los anteriores regímenes que dice *llamados totalitarios*: «los nazis alemanes y los comunistas rusos». Y entre estos dos totalitarismos (únicos que dice así llamados) destaca también siempre un especial carácter del comunista: «Los rusos persiguieron a los herejes con mucha más crueldad que ninguna otra inquisición»⁵.

Señala además que, con la experiencia comunista, se sabía ya que «la base más segura para la oligarquía es el colectivismo. La riqueza y los privilegios se defienden más fácilmente cuando se poseen conjuntamente. La llamada *abolición de la propiedad privada* [...] quería decir», viene a explicar, que las propiedades pasarían de las manos de una minoría de individuos, independientes y no siempre bien avenidos entre sí, a ser propiedad colectiva del Partido Comunista, cuya cúpula, podría disponer conjun-

² ARAQUISTAIN, LUIS: Revista *Leviatán* y lugar citados, pp. 2-3.

³ PAYNE, STANLEY G.: *El fascismo*. Altaya, Barcelona, 1996, p 103.

⁴ Aunque lo ideal es leer su citada obra, una idea de su contenido y algunas referencias a otras obras puede verse en mi artículo titulado «El totalitarismo en Orwell». *Cuadernos de Encuentro*, N° 145, verano de 2021, especialmente pp. 58 y 59.

⁵ ORWELL, GEORGE: *1984*. Salvat-Alianza, Estella, 1970, p 192. Un más amplio desarrollo y detalles sobre todo esto puede verse en mi citado artículo sobre «El totalitarismo en Orwell».



Lenin y Stalin practican la dictadura del partido sobre el proletariado

tamente de ellas con amplia discrecionalidad. Es decir, la propiedad que antes estaba en pocas manos pasaba a estar sólo en unas, las del Partido⁶.

Parece, pues, que Orwell se manifiesta de acuerdo en que con tal régimen ocurría lo que, según explica Raymond Aron, denunció el ortodoxo teórico marxista Karl Kautsky: «No se trata de la dictadura *del* proletariado, sino de la dictadura del Partido *sobre* el proletariado»⁷. Su imagen es la de un partido monopolístico que, con más razón que el *Rey Sol* francés, Luis XIV, podía decir aquello de *el Estado soy yo*, puesto que no sólo tenía en sus manos todo el poder político, sino también los bienes de producción colectivizados y los medios de propaganda, intervención, purgas y terror con que actuó.

Y esa totalitaria dictadura es lo que diversas naciones vieron que se les venía encima y procuraron evitar. Así se produjo la eclosión del fascismo, también de origen

⁶ ORWELL, GEORGE: 1984. Cit., p 158.

⁷ ARON, RAYMOND: *Democracia y totalitarismo*. Seix Barral, Barcelona, 1968, p 255.

socialista y antiliberal, pero de alcance nacional, y no internacionalista. Contraposición a la que se añadían otras dos: a) que el socialismo de la III internacional, dada en 1919, pasaba de la socialdemocracia propia de la anterior Internacional socialista a Internacional Comunista, la *Comintern*; y b) que su centro y jefes eran rusos, lo cual le daba cierto tinte imperialista que parece haber contribuido a que fuera más resistida y combatida. Esto indica además, dicho sea de paso, que yerran quienes, anteponiendo el efecto a su causa, o, como suele decirse, *poniendo el carro delante de los bueyes*, presentan al comunismo como una reacción contra el fascismo, siendo éste en gran parte una reacción contra aquél.

Aquella amenaza totalitaria comunista parece ya distante, pero en su evolución caben adaptaciones que la hagan menos claramente rechazable o más irresistible. Ya en su tan citada novela destaca Orwell que la mayor eficacia en el ejercicio y la conservación del Poder por los gobernantes del INGSOC, respecto a los anteriores *totalitarios*, la habían logrado, además de con una mayor «consciencia de lo que estaban haciendo», con una más intensa dedicación «a aplastar a la oposición» y con el paulatino logro de más y mejores medios técnicos disponibles, los cuales prevé que les permitirían tener a sus ciudadanos «durante las 24 horas del día bajo la constante observación de la policía y rodeados sin cesar por la propaganda oficial. [...] Por primera vez en la Historia [avisa Orwell] existía la posibilidad de forzar a los gobernados, no sólo a una completa obediencia a la voluntad del Estado, sino a la completa uniformidad de opinión»⁸.

Resulta así que desde la supuesta búsqueda de ideales paraísos terrestres que en los interventores Estados totalitarios parecían ver Araquistain y quienes, como él dice, se autoproclamaban totalitarios sin serlo, se podría llegar, con los nuevos medios técnicos disponibles, a la aniquilación de la persona humana que Orwell muestra en esta uniformadora y aterradora imagen. El supuesto Estado interventor y liberador de los condenados, y condenables, excesos capitalistas quedaba representado en una reducida cúpula que se convertía en el único capitalista. Con los poderes que monopoliza puede lograr (o intentar) esa indeseable *obediencia y uniformidad* que impediría la natural diversidad de la vida humana. En lo antes idealizado y aplaudido se descubren aspectos y efectos que lo muestran rechazable y maldito. Se produce así un cambio de apreciación que parece reflejarse en quienes hoy, con extraño error o injusticia, se empeñan en llamar totalitarios a regímenes que jamás calificarían de socialistas, quizás con la idea de que así los hacen más condenables y odiosos.

En cambio parecemos no ver que el peligro de un régimen socialista con fibras y tendencias totalitarias, de mayor o menor alcance, es hoy tanto más real cuanto la señalada vigilancia policial es ya posible y cuanto el irrenunciable Estado de bienestar exige ciertas acciones socializantes. En aras de ese *bienestar* se tiende a un total control gubernamental de los Poderes e instituciones del Estado y, a la vez, a un incesante y rápido aumento de todo tipo de impuestos, extendidos cada vez a más objetos. Es decir, se tiende a colectivizar *el producto*, aunque no *la propiedad de los medios de producción*. Es una especie de colectivización sin expropiación radical, menos notablemente agresiva, ya que la subida de impuestos puede hacerse paulatinamente y se va justificando, al menos en apariencia, por los servicios colectivos que el Estado

⁸ 1984. Cit., p 157.

de bienestar presta; mantiene, además, a los ciudadanos entretenidos en sus afanes de hacer lo más rentables posible a sus empresas, sentidas como propias, y libera al Estado de las preocupaciones de la producción, distribución y venta de lo producido. Al final, el aumento del capital así recaudado permite a los gobernantes una mayor maniobrabilidad e intervención en todo orden de cosas (con subvenciones, premios y castigos) para adoctrinar a sus gobernados y someter los individuales pensamientos y conductas a la consagrada verdad oficial. Sólo que ese encorsetamiento suele producir irresistibles tensiones que, al no poderse impugnar, tienden a un indeseable estallido violento de quienes sienten así limitada su vida y dignidad humana.

Ocurre que el encorsetamiento totalitario se produce aunque quienes practican esa ilimitada intervención lo hagan altruistamente, con buena intención, para lo que estiman conveniente a la colectividad. El mismo Araquistain, pese a decir, siguiendo a Hobbes, que el hombre es lobo para el hombre, parece indicar que el régimen totalitario posibilitado por el social-comunismo era un instrumento para algo bueno. Y esa misma benéfica idea del Estado totalitario como *instrumento* para hacer un bien parece ser la de quienes, aunque no llegasen a serlo, se autoproclamaron totalitarios. Cabe pensar que incluso Hitler y Stalin pudieron considerar que hacían más bien que mal, y que el bien futuro que supuestamente perseguían valía la pena de los terribles sufrimientos que producían. Los errores pueden estar cargados de buenas intenciones. De ahí que, aun cuando no merezcan una condena moral ni penal, deben procurarse evitar.

En todo caso, parece indispensable respetar siempre la libertad, dignidad e integridad de la persona humana. Para salvar estos valores, se hace preciso limitarse a la socialización inevitable y plausible: la que procura la igualdad de oportunidades y respeta la libertad individual en los aspectos indispensables a la realización personal. No es lo mismo, por ejemplo, facilitar a todos el acceso a la educación que imponer un tipo de educación y una ideología uniforme para todos. Hay que permitir, y posibilitar, que los peces naden y las palomas vuelen. Procurar que cada ser pueda tener lo que le es naturalmente propio; y al ser humano le es propia, sin duda, su libertad. La libertad que le hace responsable y merecedor de premios y castigos. La que, como destacó Ortega y Gasset, le permite hacerse⁹ y, como diría Unamuno, *serse*¹⁰. Hay que dejar al individuo libertad de elegir lo legítimo y facilitarle, en la medida posible, su realización. Al menos, no estorbar que cada cual pueda desarrollar sus personales talentos. De ahí resulta su perfeccionamiento, su mayor capacidad de aportación a la sociedad y, en gran parte, el progreso de ésta. ●

⁹ ORTEGA Y GASSET, JOSÉ: "Apéndice al tomo *Idea de principio en Leibniz*, redactado probablemente en 1947. Texto no incluido en las Obras Completas, publicado en la colección El Arquero, páginas. 375-378. Accesible en <http://www.e-torredebabel.com/OrtegayGasset/Textos/SobreElegancia.htm>

¹⁰ Esa expresión puede verse en UNAMUNO, Miguel de: *En torno al casticismo*. Espasa Calpe, Madrid, 1991, p 45; y en *Niebla* (1914). Espasa-Calpe, S.A., Madrid, 1968, p 153.

BICENTENARIO DE LA MUERTE DE NAPOLEÓN (1821-2021)

Entrevista a Thierry Lentz

ARNAUD IMATZ

Historiador, doctor en Ciencias Políticas y diplomado en Derecho y Ciencias Económicas

Traducido del francés por Maite y Fernando Vaquero

Publicado inicialmente en inglés en la web *The Postil Magazine* y en francés en la web *La Nef*

La percepción negativa de Napoleón en España no necesita una larga explicación. La imagen del emperador francés queda manchada para siempre por el levantamiento y la represión de los días 2 y 3 de mayo de 1808, las convulsiones e intrigas en torno al rey usurpador José Bonaparte («Pepe Botella»), la batalla de Bailén (primera derrota infligida a la Grande Armée, 19 de julio de 1808), la resistencia y la sangrienta Guerra de la Independencia contra el invasor (una de las más mortíferas de la historia del país, que causó entre 300.000 y 450.000 muertos entre 1808 y 1814), sin olvidar el posterior estallido de las guerras hispanoamericanas. Exiliado en Santa Elena, el emperador francés confió a Emmanuel de Las Cases: «Esta desgraciada guerra de España fue una verdadera herida, la causa principal de las desgracias de Francia [...] Me embarqué muy mal en todo este asunto, lo confieso; la inmoralidad debió ser demasiado evidente, la injusticia demasiado cínica, y todo queda muy feo, pues sucumbí».

François-René de Chateaubriand, escritor romántico, monárquico «ultra» o «tradicionalista» antinapoleónico, es probablemente uno de los autores que mejor ha sentido y descrito la mezcla de odio y apoyo apasionado por Napoleón en toda Europa. Par de Francia desde la Restauración monárquica de 1815, fue nombrado sucesivamente embajador en Berlín (1820) y Londres (1822), convirtiéndose en ministro de Asuntos Exteriores en mayo de 1822. En calidad de tal participó activamente en el Congreso de la Santa Alianza de Verona (octubre de 1822) que decidió, entre otras cosas, la intervención francesa de los «Cien Mil Hijos de San Luis» en España (1823-1828). El vizconde de Chateaubriand fue el autor de un panfleto extremadamente violento contra Napoleón: *De Buonaparte et des Bourbons* (1814). Pero más tarde moderó considerablemente su condena en sus póstumas *Mémoires d'outre-tombe* (1841). Los dos extractos siguientes reflejan la evolución de su juicio y la ambigüedad de su valoración final.

Primero fue la severa acusación contra el «Ogro de Córcega», el usurpador, el perverso, el loco de atar, el déspota y el tirano: «Un rey legítimo y hereditario que hubiera cargado a su pueblo con la menor parte de los males que tú nos has hecho, habría puesto en peligro su trono; y tú, usurpador y extranjero, te convertirías en

sagrado para nosotros por las calamidades que has extendido sobre nosotros; aún reinarías en medio de nuestras tumbas. Por fin volvemos a nuestros derechos a través de la desgracia; ya no queremos adorar a Moloch; ya no devoraréis a nuestros hijos; ya no queremos vuestro reclutamiento, vuestra censura, vuestros tiroteos nocturnos, vuestra tiranía. No somos sólo nosotros, es la raza humana la que te acusa. Nos pide venganza en nombre de la religión, la moral y la libertad. ¿Dónde no has sembrado la desolación? ¿En qué rincón del mundo ha escapado una oscura familia de tus estragos? El español en sus montañas, el ilirio en sus valles, el italiano en su hermoso sol, el alemán, el ruso, el prusiano en sus ciudades en cenizas, te piden de nuevo por sus hijos que has masacrado, por la tienda, la cabaña, el castillo, el templo donde llevaste la llama. Les has obligado a venir a buscar entre nosotros lo que les has quitado, y a reconocer en tus palacios sus restos sangrientos. La voz del mundo te declara el mayor culpable que ha aparecido en la tierra; pues no es sobre los pueblos bárbaros y las naciones degeneradas que has derramado tantos males; es en medio de la civilización, en un siglo de Ilustración, que has querido reinar con la espada de Atila y las máximas de Nerón. Deja por fin tu cetro de hierro; ¡baja de este montón de ruinas que habías convertido en trono! Te sacamos como sacaste el Directorio. ¡Adelante! Que, como único castigo, seas testigo de la alegría que tu caída provoca en Francia, y contemples con lágrimas de rabia el espectáculo de la felicidad pública».

Posteriormente, tras semejante filípica, Chateaubriand emitió un juicio más comedido. Ello nos permite comprender mejor el origen de la leyenda dorada del «Águila», el héroe romántico, el salvador de la nación: «Bonaparte ya no es el verdadero Bonaparte, es una figura legendaria hecha con los caprichos del poeta, las estimaciones del soldado y los cuentos del pueblo; es el Carlomagno y el Alejandro de las epopeyas de la Edad Media que vemos hoy. Este héroe fantástico seguirá siendo el verdadero personaje; los otros retratos desaparecerán. Bonaparte pertenecía tan fuertemente a la dominación absoluta, que después de haber sufrido el despotismo de su persona, debemos sufrir el despotismo de su memoria. [...] Bonaparte no es grande por sus palabras, sus discursos, sus escritos, por el amor a las libertades que nunca tuvo ni pretendió establecer; es grande por haber creado un gobierno regular y poderoso, un código de leyes adoptado en varios países, tribunales de justicia, escuelas, una administración fuerte, activa, inteligente, y de la que aún vivimos; es grande por haber resucitado, iluminado y administrado Italia de manera superior; es grande por haber resucitado el orden en Francia desde el seno del caos, por haber levantado los altares, por haber reducido a los demagogos furiosos, a los eruditos orgullosos, a los literatos anárquicos, a los ateos volterianos, a los oradores de las encrucijadas, a los degolladores de la cárcel y de la calle, a los aplaudidores de la tribuna, del club y del cadalso, por haberlos reducido a servir bajo su mando; es grande por haber encadenado a una turba anárquica; es grande por haber puesto fin a las familiaridades de una fortuna común, por haber obligado a los soldados a sus iguales, a los capitanes a sus jefes o a sus rivales, a doblegarse bajo su voluntad; es grande sobre todo por haber nacido sólo de sí mismo, por haber sabido, sin más autoridad que la de su genio, hacerse obedecer por treinta y seis millones de súbditos, en una época en la que ninguna ilusión rodea a los tronos; es grande por haber derribado a todos los reyes que se le opusieron, por haber derrotado a todos los ejércitos, sea cual sea la diferencia en su disciplina y su valor, por haber enseñado su nombre a los pueblos salvajes así como a los civilizados,

por haber superado a todos los vencedores que le precedieron, por haber realizado durante diez años tales prodigios que hoy es difícil comprenderlos».

Sea como fuere, a comienzos del siglo XXI, más de dos siglos después de la invasión y ocupación de España y Europa, es posible establecer una valoración más serena y desapasionada. Con motivo del bicentenario de la muerte de Napoleón, Arnaud Imatz entrevistó al historiador Thierry Lentz. Especialista del Consulado y del Primer Imperio, autor de unos sesenta libros sobre el tema, Thierry Lentz es profesor del Instituto Católico de la Vendée y director de la Fundación Napoleón.

Reproducimos, a continuación, dicha entrevista.

Arnaud Imatz: El año 2021 corresponde al bicentenario de la muerte de Napoleón en Longwood, en la isla de Santa Elena, el 5 de mayo de 1821. La figura histórica (aunque quizás sería más preciso decir las figuras históricas) del emperador francés ha inspirado infinidad de novelas, obras históricas, películas (más de mil) y obras pictóricas o musicales en todo el mundo; y no sólo en Francia. Las dos leyendas, la Negra y la Dorada, están ahora firmemente establecidas. Pero, ¿por qué Napoleón sigue tan presente en nuestra memoria?

Thierry Lentz: Napoleón está presente en nuestra memoria por todas las razones que acaba de mencionar. Ocupa un lugar muy especial en la historia y la memoria de Francia. Pero, más allá de eso, también está vinculado a nuestra vida cotidiana y a nuestros hábitos. Nuestro Estado sigue pareciéndose al que creó, nuestras instituciones son las suyas y, sobre todo, nuestra vida cotidiana está influida por el Código Civil. Aunque el Código ha sufrido muchas reformas, necesarias para adaptarse a los nuevos tiempos y costumbres, su marco sigue siendo el mismo. Influye en nuestra vida cotidiana e, incluso, en lo que ocurre después de nuestra muerte a través de la ley de sucesión. Así, somos conscientes de la importancia de Napoleón en nuestra historia... sin recordar siempre que sigue con nosotros hoy.

A.I.: En 1815, aquella aventura de 15 años terminó en un desastre; la Leyenda Negra parecía haber ganado de una vez por todas. El «belicista» Napoleón sólo merecería la ignorancia y el olvido. Sin embargo, la situación cambiará rápidamente. ¿Cómo, y por qué, se convirtió en el héroe de los románticos liberales del siglo XIX frente a los monárquicos y tradicionalistas?

T.L.: La derrota en Waterloo y el tratado de París, de noviembre de 1815, fueron realmente una catástrofe para Francia: estuvo ocupada durante tres años y tuvo que pagar una enorme indemnización de guerra. Como resultado, la imagen de Napoleón se vio empañada y se puede decir que la Leyenda Negra triunfó. Incluso su muerte, anunciada en Europa en julio de 1821, pasó casi desapercibida. Las muestras de duelo fueron muy puntuales. No fue, hasta dos años después, cuando, con la publicación del *Memorial de Santa Elena* de Emmanuel de Las Cases, las cosas empezaron a cambiar. Como diría Lamartine, mientras Francia se aburría y Carlos X era visto como el restaurador del Antiguo Régimen, la imagen de Napoleón, presentado como liberal por el *Memorial*, acabaría por «enderezarse» e invadir tanto las artes como la vida política. La acumulación de referencias crea un Napoleón un tanto imaginario, al tiempo que se hace realidad la lucha por mantener las conquistas de 1789. El emperador se puso a la cabeza de la lucha.

A.I.: ¿Debe considerarse a Napoleón como el continuador de la Revolución Francesa o como su «canalizador», si no su sepulturero? ¿Quería conquistar Europa en

nombre de una especie de internacionalismo revolucionario o contribuyó, paradójicamente, con sus invasiones, a la creación de las naciones europeas? ¿Tenía la ambición de difundir las ideas relativas a los derechos de los pueblos, la defensa de la igualdad civil, los «principios intangibles» de la Revolución, o era simplemente el continuador de Luis XIV, el portador de los objetivos hegemónicos de Francia, que quería ser preponderante en el mundo en ese momento, como lo había sido España durante un tiempo y como lo serán o lo querrán ser Inglaterra y Alemania, por no hablar de Estados Unidos, Rusia y China?

T.L.: Napoleón es, sin duda, el estabilizador de la Revolución, en su versión de 1789. Ciertamente no fue un liberal en lo político, pero en lo social estableció la igualdad civil, el derecho de propiedad, la aconfesionalidad del Estado, y la libertad civil (que



Desde 1861 los restos de Napoleón son visitados con todo respeto por franceses y extranjeros en Los Inválidos

por tanto no era política). En un momento en que el país anhelaba volver al orden y a disfrutar de los logros alcanzados, era el hombre adecuado para el trabajo. En 1802 ya había realizado gran parte de la tarea: las grandes reformas se habían puesto en marcha y se había recuperado la paz civil. Externamente, las cosas son un poco diferentes. En efecto, fue el continuador de la diplomacia del Antiguo Régimen y de la Revolución, a medio camino entre el que pretendía imponer la preponderancia francesa en Europa y el que pretendía difundir los principios revolucionarios (de 1789) en Europa. Por

eso es tan difícil la evaluación de su trabajo externo. Este será su principal fracaso. Si no queda nada del Grand Empire, sí queda mucho de su acción política y social, en Francia y en Europa.

A.I.: En aquella época, ¿por qué la maquinaria militar francesa era superior a otras?

T.L.: La maquinaria militar francesa se moderniza, a lo largo de la Revolución, principalmente en materia de efectivos, gracias al servicio militar obligatorio. A partir de entonces, se luchó por las ideas y se invitó a todos los ciudadanos a participar. Napoleón reorganizó, aún más, el conjunto, con sus cuerpos de ejército, la doctrina de uso de la caballería y la artillería, la excelencia del mando, y la amalgama de veteranos y reclutas. También se benefició de la concentración del ejército en el Campamento de Boulogne. Durante dos años y medio, los soldados convivieron y se entrenaron a la espera de la hipotética invasión de Inglaterra. Durante mucho tiempo, este ejército seguirá siendo el mejor del mundo y lo demostrará en las campañas de 1805 a 1807. Por fin fue dirigido por un verdadero genio militar, de mirada única y decisiones rápidas. Las cosas irán mal después, con la guerra de España, que diezmará los efectivos, impedirá la amalgama y demostrará que este Gran Ejército no era invencible.

A.I.: Hasta 1795, Francia era el tercer país más poblado del mundo, por detrás de China y la India. ¿No es éste el principal factor explicativo de las conquistas de Napoleón, más que los méritos y defectos del emperador?

T.L.: Lo que entonces se llamaba «potencia por número» es, obviamente, muy importante. A nivel económico y, por supuesto, militar. Algo más de dos millones de hombres fueron movilizados en Francia durante todo el período..., es decir, el 20% de todos los que pudieron ser movilizados. Por lo tanto, todavía había margen. Y en economía, mientras los ingresos crecen, la producción encuentra, durante largo tiempo, un nivel alto de compradores. La demografía no debe descuidarse nunca.

A.I.: Algunos especialistas, como Alain Pigeard, estiman que sólo para Francia las pérdidas humanas de las guerras napoleónicas son comparables a las de la Revolución (1792-1799). ¿Qué opina usted? ¿Cuántas víctimas civiles y militares hubo en Francia y en Europa?

T.L.: En lo que respecta a las pérdidas militares francesas, hoy bastante bien conocidas, no se dispuso de cifras establecidas científicamente hasta los años 70. Se derivan esencialmente de los trabajos del demógrafo-historiador Jacques Houdaille. Basándose en estudios científicos a gran escala del universo de registros censales, estimó que hubo unos 450.000 muertos en acción y otros tantos muertos a consecuencia de sus heridas o enfermedades; a los que hay que añadir varias decenas de miles de «desaparecidos». Se puede suponer que las cifras reales de víctimas se sitúan entre 900.000 y 1.000.000 de muertos. En cuanto a los aliados y enemigos de Francia, a menudo se dice, pero no se demuestra, que sufrieron pérdidas «ligeramente superiores» a las de la Grande Armée. Si adoptamos este principio, las guerras del Imperio habrían costado a Europa entre 2.000.000 y 2.500.000 de hombres en diez años. Si bien este número de muertes es significativo, sigue siendo inferior al de muchas guerras anteriores y posteriores. Además, Europa no estaba desangrada al final del periodo: ni económica ni demográficamente. No hubo una destrucción sistemática de ciudades y pueblos, ni, menos aún, de los medios de producción; excepto en la Península Ibérica, donde la responsabilidad se repartió, en gran medida, entre las tropas francesas e inglesas. En cuanto a la demografía, los especialistas han demostrado que

Francia tenía casi 1.500.000 habitantes más en 1815 que en 1790. En el conjunto de Europa, el crecimiento de la población fue más elevado en el periodo 1790-1816 que desde 1740 hasta la Revolución. Estos resultados se deben, por supuesto, al progreso de la medicina y a la disminución de la mortalidad infantil, pero la observación general sorprenderá sin duda a muchos.

A.I.: Políticamente hablando, ¿fue un dictador «clásico», en el sentido romano, o un dictador totalitario en el moderno? ¿Cree que a pesar de sus errores, especialmente en la elección de los ministros, traicioneros e incapaces muchos, sigue siendo un líder excepcional e, incluso, un visionario político?

T.L.: Seamos claros: de 1799 a 1815, Napoleón aprovechó cada minuto para reforzar y defender el dominio del Ejecutivo, aunque eso significara ser cada vez más autoritario. Pero hablar de una dictadura, y de una dictadura militar, es burlarse de la historia y del significado de las palabras. Según el jurista y politólogo Maurice Duverger –quien ha dedicado gran parte de su obra al concepto de dictadura– hay tres condiciones simultáneas que deben cumplirse para caracterizar una dictadura: (1) que el régimen se instale y se mantenga por la fuerza, especialmente la militar; (2) que sea arbitrario, es decir, que suprima las libertades y controle las decisiones de los órganos arbitrales o jurisdiccionales; (3) que sea considerado ilegítimo por una gran parte de los ciudadanos. El estudio de cada uno de estos puntos, para el régimen napoleónico, lleva a rechazar cualquier conclusión perentoria. Bajo Napoleón, el establecimiento de un Estado fuerte y personal no fue acompañado por el uso sistemático de la coerción ilegítima o de la fuerza indiscriminada; ni, mucho menos, en nombre y en beneficio del ejército.

A.I.: Napoleón, en Economía, ¿era intervencionista o liberal?

T.L.: En materia económica, Napoleón era más bien un «liberal». Para él, el Estado no tiene por qué intervenir en la economía diaria; salvo en lo que se refiere al comercio exterior, que contribuye «a la grandeza del Estado». También era importante para él que la situación social fuera lo más estable posible, por lo que pudo intervenir con el orden público en momentos de crisis, sobre todo en la gravísima de 1810.

A.I.: ¿Fue el principal organizador del Estado moderno francés?

T.L.: Napoleón puso fin a las pruebas de ensayo y error en torno a la organización del Estado y su administración. Simplificó su entramado, según un modelo piramidal en cuya cúspide está el ejecutivo, no siempre él mismo en persona; sino quienes representaban al gobierno, caso de los ministros. Esto se ha llamado el «modelo francés», que ha sido adoptado por la mayoría de los estados europeos; incluso, con ciertos cambios, por sus enemigos.

A.I.: En su testamento declaró pertenecer a la religión católica. ¿Puede presentarse, como católico, el jefe de un ejército de soldados de la Revolución, percibido como des-cristianizador en la mayor parte de Europa? ¿No era, el suyo, un catolicismo de interés más que uno de convicción?

T.L.: Nunca sabremos si Napoleón creía o no en Dios. Lo cierto es que veía a las religiones, especialmente a la católica, como cuerpos intermedios que debían contribuir a la estabilidad social y al orden público. Por eso «restauró» el catolicismo, organizó el protestantismo y el judaísmo; dejándoles cierta libertad dogmática, pero sometién-dolos a la ley del Estado.

A. I.: ¿Cuál es la diferencia entre el Estado aconfesional napoleónico y la tradición

del laicismo republicano francés que se impuso a partir de 1880 bajo la Tercera República?

T. L.: La aconfesionalidad napoleónica, establecida como principio por el Código Civil, fue un primer paso hacia el laicismo. Proclamaba que las distintas iglesias estaban sometidas al Estado y a la Ley. Pero, para Napoleón, esto se expresaba en medidas concretas: estado civil público y civil, aceptación del divorcio, sometimiento de los cultos a las leyes que rigen el orden público. No pretendía intervenir sobre las creencias, pero, por otro lado, no permitía que se organizara nada fuera de las necesidades sociales y políticas.

A.I.: La francmasonería vivió quince años extraordinarios bajo el mandato de Napoleón; multiplicándose el número de logias, que pasaron de 300 a 1.220. Napoleón tenía muchos masones en su familia (entre ellos Jerónimo, Luis y José, a quien los españoles llamaban «Pepe Botella»); 14 de los 18 primeros mariscales eran masones; así como un buen número de generales y la mayoría de los grandes dignatarios del Imperio. ¿Cuál era su relación con la masonería? ¿Era él mismo masón?

T.L.: Aunque él mismo no lo fuera (no tenemos pruebas de una supuesta iniciación en Egipto), Napoleón estaba rodeado de iniciados, como sus hermanos, Cambaceres, Lebrun, Fouché, Talleyrand, etc. En su política masónica se apoyó, principalmente, en Cambaceres, quien aparecía como «protector» de la Orden. Iniciado en 1781 en una logia de Montpellier, había escalado todos los rangos y se tomó muy en serio este compromiso; incluso en la época de las prohibiciones revolucionarias. Después ayudó a su amigo Alexandre-Louis Roëttiers de Montaleau, Gran Maestre del Gran Oriente, a «reavivar el fuego» bajo el Directorio. Participó, en sus primeras filas, en la reunión del 22 de junio de 1799 por la que, en presencia de quinientos masones, la Gran Logia se fusionó con el Gran Oriente. A partir de ese momento, la francmasonería francesa casi alcanzó su unidad; complementada por la adhesión del Gran Capítulo de Arrás al Gran Oriente el 27 de diciembre de 1801. Aquélla apenas se vería perturbada por la creación de una logia escocesa en 1803; experiencia inmediatamente frenada por una nueva acta de unión, firmada pocos días después de la coronación imperial. Esta unificación del 5 de diciembre de 1804, a veces denominada «concordato masónico», confirmó la primacía del Gran Oriente quien, a cambio, admitió la subsistencia de varios ritos en su seno. A Napoleón le hubiera gustado que la masonería constituyera un cuerpo intermedio de apoyo al régimen. Pero era demasiado plural para eso; así, atravesaba demasiados partidos como para ser un apoyo real. No lo fue y continuó su camino, sin problemas, bajo otros regímenes.

A.I.: Se ha escrito, a menudo, que desde su expedición militar a Egipto (1798-1799), Bonaparte –y luego Napoleón– profesaron una gran simpatía por el Islam? ¿Era sincero?

T.L.: Napoleón estudió a Mahoma, especialmente a través de las obras de Voltaire. Admiraba su lado decidido y casi bélico. Su simpatía por el Islam no fue mucho más allá. No se convirtió, ni se inspiró en él para el Código Civil, tal y como se puede leer, en ocasiones, en sitios de Internet próximos a los Hermanos Musulmanes.

A.I.: Casi todos los pueblos europeos tuvieron su lugar en la Grande Armée (holandeses, sajones, alemanes, polacos, españoles, portugueses, italianos, belgas, austriacos, bávaros, suizos, etc.). Dependiendo de la campaña, las tropas aliadas constituían

entre el 20 y el 48% del total de las fuerzas, pero sólo los polacos permanecieron fieles hasta el final. ¿Cómo explica esto?

T.L.: Se ha dicho, y se ha llegado a creer, que fue por pura ambición personal que Napoleón fue a la guerra. Esto supone olvidar que, en aquella época, la paz era un estado de excepción y que todos los Estados estaban preocupados, principalmente, por preparar el inevitable próximo conflicto. También implica olvidar que la historia y la geopolítica, a menudo, lo hicieron inevitable. Ya he escrito decenas de páginas sobre este tema, a las que remito a los lectores interesados. Me limitaré, aquí, a repetir que Europa no estaba únicamente dividida en dos campos durante el episodio napoleónico; de lo contrario, no habría sido necesario esperar hasta el otoño de 1813 para que se formara una coalición general contra Francia. Antes de eso, las potencias continentales habían aceptado la preponderancia francesa y habían tratado de sacar el máximo provecho de ella para sus propios asuntos. El gran éxito de la diplomacia británica fue que consiguió unir a toda Europa en torno a su mínimo común denominador (derribar a Francia y a su líder), jugando con los resentimientos, las promesas incumplidas de unos y otros, la economía y las finanzas; y no con el principio de «liberar» el continente. Esto explica que muchos contingentes extranjeros se pusieran a disposición de la Grande Armée durante casi quince años, la mayoría de las veces con el acuerdo de sus soberanos.

A.I.: Las polémicas en torno a la figura de Napoleón han redoblado su virulencia en vísperas del bicentenario de su muerte. La exaltación del heroísmo y el espíritu de sacrificio han dado paso a una ideología victimista y ombliguista. Además, la ola de corrección política y las modas nihilistas, encarnadas en el espíritu woke o la cultura cancel de Norteamérica, parecen irresistibles. En consecuencia, la gran mayoría de los medios de comunicación únicamente lo ven como un tirano, un instigador de la guerra, un misógino, un partidario del patriarcado, un esclavista (por haber restablecido la esclavitud ocho años después de su abolición y haber encarcelado a Toussaint Louverture, un independentista negro que había sido nombrado general bajo el Directorio). ¿Qué les responde?

T.L.: Las respondo ampliamente en el libro que acabo de publicar: *Pour Napoléon*. Creo que estamos en un momento importante en la lucha contra las tendencias que usted describe. Nuestros gobiernos están aplastados por grupos que han hecho de las amalgamas y las falsedades históricas una especialidad para imponer su «agenda», para acusar a su país de haber «asesinado» a categorías enteras, para profanar lugares públicos o para llamar a los disturbios... No se hizo nada para evitar, o combatir, la fiebre iconoclasta que llegó desde Estados Unidos tras la trágica muerte de George Floyd. A veces puede parecer que la famosa «sumisión», muy bien denunciada por Michel Houellebecq, está en presente en todas las salsas. No obstante, sigue siendo la primera palabra que nos viene a la mente. Si creemos en la advertencia de Montesquieu de que «la opresión siempre comienza con el sueño», no podemos sino asustarnos al ver que, aquéllos a quienes encomendamos preservar la cohesión y la unidad nacionales, duermen a pierna suelta. O se hacen los dormidos a fin de no ver nada; que al final será lo mismo. Como historiador, y como ciudadano, pensé que no podía permanecer quieto ante este peligro. ●

EN LA VIDA ESPIRITUAL EL QUE NO AVANZA, RETROCEDE

ALBERTO BUELA

Filósofo

Al Chino Fernández, in memoriam

Cuando de la realidad borramos o ignoramos su dimensión sobrenatural (la que no podemos explicar a través de la razón calculadora), no la logramos entender, pues la realidad no se convierte de suyo en natural sino en una realidad antinatural.

Este es un principio fundamental en la vida del espíritu que ha sido dejado de lado tanto en el conocer como en el ser. Tanto en el ámbito del conocimiento como en el dominio de la falsa espiritualidad moderna en sus múltiples variantes. Un ejemplo vale por mil palabras, así cuando la reforma luterana negó la idea católica de matrimonio como sacramento indisoluble, sosteniendo que el matrimonio es un asunto humano contractual permitiendo el divorcio, ello terminó en el matrimonio civil de Napoleón, que hoy se extendió a los matrimonios antinaturales de gays y lesbianas.

Cuando afirmamos con total certeza que en la vida espiritual el que no avanza retrocede nos estamos apoyando en este principio superior: *si negamos lo sobrenatural terminamos afirmando lo antinatural.*

La idea de progreso, tan antigua como el mundo, pero modernamente desde Kant para acá, nos dice que el mundo y el hombre progresan ineluctablemente a través de la historia. Esta idea encierra en sí contradicciones insalvables. Así, en pleno siglo xx, época de esplendor de la ciencia y la tecnología, el progreso exponencial de éstas produjo la bomba atómica con miles y miles de muertos inocentes. Sabemos que el mal en el inocente es inexplicable. Es una perversión de la causa que lo comete, sea un sujeto sea una disciplina.

El capitalismo liberal entendió el progreso como un proceso de acumulación y así llegamos en el siglo xxi a una sociedad de consumo cada vez más desigual e injusta.

El socialismo marxista lo entendió como la construcción de «la sociedad comunistas de los productores asociados» y terminó después de setenta años con un costo de 100 millones de muertos.

Los antiguos filósofos lo entendieron como el paso de lo peor a lo mejor.

Desde el punto de vista del espíritu, esto es, del conocer profundo, el progreso se desarrolla en intensidad o en profundidad. Nunca lineal ni horizontalmente. La profundidad del progreso nos indica el grado de interiorización existencial del sujeto.

Y este es el sentido profundo del progreso, la interiorización cada vez más intensa de las verdades que conocemos, o mejor, que barruntamos. El proceso de interiorización tiene grados sucesivos que contienen unos a otros en una jerarquía similar a la celeste.

La teología, un ámbito que estamos orillando, se maneja con dogmas que son



En la vida espiritual el que no avanza retrocede

fórmulas que nos dicen qué hacer y qué pensar, mientras que la filosofía es un saber profano que no puede vivir de fórmulas sino que tiene que correr el riesgo del pensamiento. Nadie dispensa al filósofo de pensar por sí y hacer avanzar su ciencia.

Pero es cierto también que la filosofía tiene fórmulas o principios a priori como los de no contradicción (una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo y bajo el mismo aspecto) o el de identidad (todo lo que es, es idéntico a sí mismo), pero esas fórmulas al igual que las de la teología hay que interiorizarlas, hacerlas propias. Que penetren en la consciencia profunda del yo personal.

Pero esto no basta, una vez que uno asume estas verdades y valores de mayor jerarquía, no se puede, hablando en criollo, dormir en los laureles sino que tiene que actualizarlos, y esa actualización supone un trabajo constante, porque el progreso en la interiorización conlleva el riesgo de la regresión, sino avanzamos en forma permanente.

El carácter de regresible del proceso de interiorización de verdades espirituales nos puede llevar a un retroceso que nos haga perder lo ganado. Ello nos obliga a estar siempre atentos, siempre prestos, siempre despiertos no solo para defender nuestras conquistas existenciales sino para lograr cada vez una visión más clara, profunda e intensa de éstas.

Llegados a esta dimensión del ser y del obrar el sujeto muestra que la virtud no se agota en el control de las pasiones sino que se muestra en las preferencias. No solo es libre sino que puede ser «más libre», no aspira solo a querer algo sino a quererlo mejor, nos enseña el filósofo español Leonardo Polo.

Llegamos así a la fórmula de nuestro título: *en la vida espiritual el que no avanza, retrocede.* ●

NAFARROA:

Decisiva fase táctica del panvasquismo

FERNANDO JOSÉ VAQUERO OROQUIETA

Licenciado en Derecho, Diploma Superior de Criminología

1. El nacionalismo vasco al mando

Desde que en junio de 1910 se constituyera el primer Centro Vasco de Pamplona¹ –casi quince años después de que el PNV fuera fundado oficialmente el 31 de julio de 1895 en Bilbao– el nacionalismo vasco, en su expresión partidaria, jugó un papel secundario, cuando no irrelevante, en la Historia de la que hoy se configura como Comunidad Foral de Navarra. Por ello, bien pueden calificarse de históricas las elecciones autonómicas y municipales de mayo de 2015, cuyos resultados permitieron, en julio siguiente, que los nacionalistas vascos locales (las coaliciones Geroa Bai y EH Bildu) en su conjunto –apoyados de un modo u otro por Podemos y la versión regional de Izquierda Unida– se hicieran con la Presidencia del Gobierno Foral de Navarra, las alcaldías de sus principales ciudades y pueblos (incluida Pamplona), las cabeceras de sus mancomunidades administrativas, y demás organismos públicos.

Casi cuatro años después, en mayo de 2019² ambas coaliciones panvasquistas revalidaron sus buenos resultados. Pero el ascenso electoral del PSN-PSOE, situándose únicamente por detrás de la centro-derechista regionalista Navarra Suma, y el acusado descenso de Podemos, modificó el juego de los pactos de gobierno; siendo relevada finalmente, de la presidencia del Gobierno Foral, la nacionalista Uxue Barkos, de Geroa Bai, por la socialista cirbonera María Chivite, mediante la coalición poselectoral del PSN-PSOE, los nacionalistas «moderados» de Geroa Bai y Podemos. Izquierda Unida (aquí denominada Izquierda-Ezkerra, al englobar también a los trotskistas de Bazarre) apoya a la coalición desde el Parlamento. Quedaron fuera de la misma, la centro-derechista Navarra Suma y, metiendo mucha presión, la coalición radical EH Bildu.

Si bien recuperó las alcaldías de algunas ciudades, caso de Pamplona y Tudela, el navarrismo liderado por Unión del Pueblo Navarro, en coalición con el Partido Popular y Ciudadanos (la antes aludida plataforma Navarra Suma), se encuentra en la peor situación política de su reciente historia; coyuntura que únicamente podrá modificarse en el futuro de producirse un vuelco electoral –cosa poco probable dada la fidelidad del electorado navarro a sus respectivas ideologías– o una eclosión de la coalición social-nacionalista en el poder.

Ciertamente, incluso antes de la fundación del PNV, ya existía en Navarra cierta predisposición al nacionalismo vasco. De tal modo, el 6 de enero de 1878 se constituyó en Pamplona la Asociación Euskara, cuyo objeto social era la conservación y propa-

¹ Primer núcleo del PNV en Navarra. En 1932 cambiará su denominación por Euzko Etxea.

² Navarra Suma (UPN, PPN y Ciudadanos), 19 escaños; PSN-PSOE, 11 escaños; Geroa Bai, 9 escaños; EH Bildu, 8 escaños; Podemos, 2 escaños; Izquierda-Ezkerra,

gación de la lengua, la literatura y la historia vasco-navarra. A tal fin también promovieron el estudio de su legislación, en aras del bienestar moral y material del País. Su insignia distintiva era el Árbol de Guernica con la cruz encima, el escudo de Navarra sobre el tronco y al fondo siete montañas que representaban las siete regiones históricas vascas conforme al credo nacionalista. Un precursor, en cierta medida, del futuro PNV, en el que se implicaron ilustres intelectuales y personalidades de la época, como Arturo Campión, Juan Iturralde y Suit, Esteban Obanos, Florencio Ansoleaga, Estanislao Aranzadi, Salvador Echaide y Ramón Irurozqui.

Sin embargo, El Viejo Reyno de Navarra, hoy Comunidad Foral, durante todos aquellos años –siglos XIX y XX– permaneció española de forma unánime e inmune –supuestamente– al sarampión nacionalista, a la vez que mantendría, ya desde el tardofranquismo, una formidable economía y un tono religioso envidiable; tres características, presuntamente intrínsecas e inmutables, de la navarritud española. Pero, ¿realmente era así? ¿Qué es lo que ha pasado?

2. Breve recorrido histórico

Partamos de un hecho incuestionable y actual que nos proporciona la realidad histórica: Navarra es una comunidad foral, española e hispánica.

Recordemos que el territorio de la actual Navarra formó parte pacífica de la Hispania romana y, posteriormente, pese a ocasionales revueltas vasconas, del reino visigótico de Toledo; auténtica memoria remota de nuestra España o, si se prefiere, de «las Españas».

En la Edad Media, primero como Pamplona-Nájera y después como Navarra, fue reino independiente e impulsor, junto a otros peninsulares, de la empresa colectiva de la Reconquista. Así, nuestro gran rey, Sancho III el Mayor, rex hispaniorum, proporcionó rostro y empeño a dicha voluntad colectiva de unidad, agrupando en su persona, bajo uno u otro título, buena parte de la cristiandad peninsular.

Otro rey navarro posterior, Sancho el Fuerte, participaría en la trascendental batalla de las Navas de Tolosa; una empresa en continuidad con aquella Hispania, España o Españas, de nuestros más remotos antepasados.

En su declive como reino medieval, por un tiempo, se vinculó dinásticamente a Francia; si bien siempre mirando de reojo a Aragón y, cómo no, a Castilla.

Por último, la incorporación de Navarra a Castilla en 1512 selló la empresa peninsular española; perdiendo su condición de reino, tres siglos después, a resultas de la primera guerra carlista en la primera parte del XIX.

Navarra ha sido –y todavía lo es– una comunidad humana, cultural y política, fruto de la tradición católica y foral, destilada de las vivencias de sucesivas generaciones implicadas en la empresa española. En palabras tomadas del pensador conservador inglés Rogert Scrutton, recientemente fallecido, Navarra sería «el producto del libre acontecer de las cosas».

3. La Navarra «de siempre»

A Navarra, en su ya larga historia, nunca la determinó una única lengua: se habló y se hablan varios idiomas. El euskera batúa, algunas variantes euskéricas previas del

anterior en vía de extinción, y, más que ningún otro, el idioma español, hoy; además de otros desaparecidos en su día, como el latín, hebreo, provenzal, el navarro-aragonés, el árabe (quien está regresando con fuerza...).

Tampoco la raza la dibujó: Navarra siempre ha sido –y sigue siendo– crisol de etnias muy distintas. Vascones –de origen todavía incierto–, celtas, celtíberos, romanos, visigodos, árabes, judíos, aquitanos, francos... Siendo, hoy, fusor de gentes procedentes de todo el orbe: desde los altiplanos andinos a las tierras negras de Ucrania y la antaño lejana China.

Navarra, de tal modo, nunca fue el fruto de una construcción de base ideológica nacionalista; ni panvasquista, ni de cualquier otra.

En el centro de esta experiencia colectiva llamada histórica y coloquialmente Navarra se situaba la libertad; pero no en el sentido moderno o posmoderno que la concibe como radical autodeterminación personal, sin sujeción a regla o norma alguna; fruto, por tanto, de una deconstrucción social y personal que siempre arroja violencia. Esta libertad, decíamos, de firme base cristiana, en su dimensión colectiva al servicio del bien común, edificó el instrumento jurídico de los fueros, o Fuero; a modo de articulación histórica de derechos y deberes, de personas, familias, corporaciones y comunidades, de poderes y jurisdicciones, en defensa de las libertades de los más frente a los posibles abusos de los menos, los poderosos.

El Fuero, por tanto, sintetizaba –también hoy, si bien acaso residualmente– una forma concreta de «república cristiana»; una precisa manera de situarse ante la vida y el mundo, que generó una mentalidad realista, comunitaria y enraizada en los valores derivados de la cultura cristiana. Católica en concreto; española por vocación; hispánica, globalmente. Una verdadera Constitución histórica, realista y perfectible.

Por otra parte, Navarra nunca ha sido una realidad al margen de la Historia, de los cambios culturales y de las modas. Ha sufrido el impacto de las diversas ideologías de la modernidad y posmodernidad; uno de cuyos efectos más visibles ha sido una progresiva y acelerada pérdida de la densidad existencial y referencial de ese pueblo cristiano que configuró, alimentó y encarnó, viviéndolo, el Fuero. Paralelamente, ya desde finales del siglo XIX, se fue articulando, como alternativa vital identitaria, la ilusión colectiva de la «construcción nacional vasca»; que implica ¡nada menos! que una mutación absoluta de sus gentes, sus espacios, sus símbolos y de su propia Historia.



4. Las causas del «cambio»

Una vez que hemos situado a Navarra y sus gentes en el contexto de los planes soberanistas del panvasquismo, intentaremos identificar las causas de tan profundo cambio político; una llamativa expresión –la política– de precedentes cambios culturales y sociológicos, muy profundos y de largo recorrido, que afectan a toda España. También veremos, otras, de especial incidencia en Navarra.

A lo largo de las últimas décadas, toda España viene sufriendo un proceso acelerado de transformación social y cultural inducido por las ideologías hoy predominantes; una dinámica implementada por diversas técnicas de ingeniería social –con aval estatal– que viene generando, entre otros, los siguientes efectos: desaparición progresiva de la familia; extinción del estilo de vida rural; «empoderamiento» de «las mujeres» y diversas minorías, junto al blindaje de sus correspondientes «nuevos derechos»; desaparición de estructuras comunitarias y jerárquicas tradicionales; acción invasiva de los denominados «organismos populares» a modo de alternativa a la sociedad civil; deconstrucción de la educación; arrinconamiento de las humanidades; abandono del cultivo de la excelencia y la voluntad; degradación del arte; aggiornamento o –según se mire– desarme de la Iglesia católica; reducción de la sacralidad europea a una pseudoespiritualidad de supermercado New Age; infantilización de personas y masas; divinización acrítica de las apetencias adolescentes; desaparición de las clases medias; etc. En conclusión: el individuo deseante como exclusivo protagonista, de su vida y de la Historia, mereciendo sus apetitos la categoría de derechos inexcusables que el Estado debe colmar.

No obstante, a pesar de sus chillones colores, optimistas reclamos visuales, y la supuesta eliminación indolora de fronteras y límites, tan poliédrica revolución cultural y mental viene acarreado un alto precio humano: violencia intrafamiliar; sentimiento de infelicidad creciente; extensión de la soledad; medicalización generalizada; ingesta caprichosa de todo tipo de drogas «ilegales»; emigración de los mejor preparados; inmersión en el «invierno demográfico» sin colchón amortiguador alguno; depreciación de la vida humana –especialmente con el aborto y la eutanasia– pareja a la imposición de tópicos animalistas; incremento del número de los suicidios; manipulación de la afectividad por medio del consumismo y las redes sociales; instalación territorial de minorías étnico-religiosas que carecen de voluntad alguna de integración; deterioro material y humano del sistema público de salud; crisis del régimen de las pensiones; precarización laboral; etc.

En el caso navarro, la crisis está dotada de unos ingredientes que no concurren en todas las comunidades españolas; salvo en aquellas otras que también sufren el impacto de las políticas públicas y la presencia social militante de los partidos separatistas allí predominantes. Es el caso de las antaño Vascongadas, hoy conocidas como Euskadi; también otra fase táctica más en aras de la Euskal Herria definitiva. De Galicia, con un Partido Popular impulsor del galleguismo cuya expresión nacionalista radical domina las universidades. ¡Cómo no, de Cataluña! Pero también del Reino de Valencia y las Islas Baleares, objetivo del pancatalanismo políticamente orientado a la construcción de unos jamás existentes Països Catalans. Y, mañana tal vez, en Andalucía de consolidarse el giro estratégico nacionalista del principal socio de Podemos, y hoy

fuera de aquel partido, Adelante Andalucía; los «anticapitalistas» andaluces liderado por Teresa Rodríguez.

Efectivamente: es el nacionalismo, en sus múltiples expresiones, el factor disruptivo por excelencia de la sociedad navarra, quien se ha alimentado, o impulsado según el caso, de las otras causas autóctonas de tan rápida como profunda transformación antropológica y social: la desintegración del carlismo; la evaporación de la Iglesia; la permanente ofensiva panvasquista en todo plano de la vida pública; la instrumentalización del vascuence batúa como herramienta de la construcción nacional; el desinterés de los sucesivos gobiernos centrales ante la agenda de transformación implacablemente ejecutada por los agentes sociales panvasquistas; las continuas cesiones de navarristas y socialistas ante las presiones nacionalistas; la renuncia a la batalla cultural por parte de las antiguas élites navarras; la acogida sin apenas resistencias del feminismo radical en una nueva y hegemónica mentalidad común; la persistencia de los efectos perversos del terrorismo; el vaciamiento y distorsión de los Fueros...

5. ¿Por qué Nafarroa?

El término Nafarroa es muy posterior, en el tiempo, al de Navarra. En los diversos dialectos vascos, Navarra se escribía Naparra o Nabarra. De tal modo, Nafarroa es un neologismo impuesto desde el euskera batúa con una perspectiva subliminal orientada, indisimuladamente, al objetivo finalista de la «construcción nacional vasca»; cuyo sujeto político soberano final sería Euskal Herria.

Por su parte, la anterior denominación también ha sido instrumentalizada por el panvasquismo. Originariamente, por Euskal Herria se entendía el conjunto de territorios en los que se asentarían los hablantes de los dialectos vascos. Como sujeto político, y de intransigente base religiosa, los hermanos Arana imaginaron el término de Euzkadi, o Euskadi; que es el que adoptó oficialmente la Comunidad Autónoma Vasca un siglo después. Pero, para los radicales de la autodenominada «izquierda abertzale» construida desde ETA, Euskadi sería un constructo «burgués», «autonomista», que además no comprende a Nafarroa; razones por las que vienen impulsando, desde hace ya unas décadas, el de Euskal Herria como sujeto final del panvasquismo; rescatando así ese concepto, de base cultural, que se fundiría con los atributos y poderes de una soberanía estatal en construcción. Una perspectiva político-lingüística que han logrado imponer al conjunto de fuerzas nacionalistas.

Desde esta perspectiva, el de Nafarroa es mucho más que un moderno palabro o una simple moda transitoria e inocente: se trata de un verdadero objetivo táctico; una fase intermedia e ineludible del panvasquismo.

Nafarroa es, por tanto, un producto ideológico, tramado en múltiples tácticas, organizaciones, comunidades, intereses y símbolos que, por su propia naturaleza, acarrea inevitablemente violencia, fractura y tensiones, tanto en el seno de las familias, como de las comunidades; al impulsarse mediante «rupturas» radicales con lo establecido, es decir, contra la que denominan «legalidad española» y todas sus conexiones. Una prueba de ello ha sido el hecho de que el panvasquismo, en su conjunto, no ha tenido reparos en servirse de los efectos perversos de un terrorismo que, todavía hoy, se prolongan en el tiempo. Nos referimos, por supuesto, a la brutal metáfora del «árbol

y las nueces» acuñada en 1991 por Xabier Arzalluz. Así, el papel de los presentados genéricamente como «moderados» (mayormente el PNV) y el de los perversos «radicales» (los herederos de Herri Batasuna y sus asociados) se desdibuja, confunde y retroalimenta.

6. El nido de la serpiente

El PNV siempre ha sido minúsculo en Navarra; es más, la escisión protagonizada por Carlos Garaicoechea, que dio lugar a Eusko Alkartasuna, en septiembre de 1986 (cuyos convulsos y fraccionados restos están coaligados hoy con la izquierda abertzale), arrojó al histórico alderdi de Navarra al ostracismo; permaneciendo en su seno apenas un par de cientos de militantes durante tres décadas, sin apenas cargos electos. Por el contrario, el complejo entramado de la izquierda abertzale estructurado desde ETA, cuya expresión política es el partido Sortu (liderando la coalición EH Bildu, en la que también participan independientes, los restos de EA y los poscomunistas de Alternativa), viene desarrollando una formidable voluntad de transformación camaleónica,



Batalla de Noain

tanto ideológica como orgánica. Así, desde el apresurado catolicismo progresista de sus inicios asimilaron, sucesivamente, las corrientes tercermundialistas de liberación nacional, el marxismo-leninismo, el feminismo radical, el pensamiento crítico de raíces francesas, aspectos de la Teología de la Liberación en sus menguados componentes cristianos, el ecologismo holístico... todas las contraculturas eclosionadas desde mayo del 68. También la ideología de género; tanto o más que nadie.

Podemos resumir la naturaleza de tan complejo entramado con las siguientes notas: marxismo-leninismo táctico, desarrollo contracultural, nacionalismo estratégico; oportunismo, ante todo. Una poliédrica criatura sociológica: organización terrorista inicial, partido político al uso, movimiento social, frente cultural, sindicalismo

nacional y de clase, estructuras docentes con el euskera de matriz... un «pueblo en marcha». Y «todos a una» edificando, con el aval acelerador del terrorismo de ETA, una «contrasociedad» en la que pueden vivirse 24 horas al día, 7 días a la semana y 365 días al año. Un anticipo de la utopía que cualquiera –con conciencia, algo de voluntad y cierta disposición altruista o no de tiempo– puede degustar. Una prueba de que ello es posible y que un día relevará, por ahogamiento o desistimiento, a la sociedad residual actual que todavía resiste.

Por todo ello, a raíz del triunfo en julio de 2015 de las candidaturas nacionalistas en Navarra, sus voceros e intelectuales orgánicos hablaron del inicio de un «cambio de régimen»; no en vano entendieron –y siguen haciéndolo, desplegando nuevos mecanismos sociales a tal fin– que cuando «expulsaron» a UPN de los poderes públicos de la Comunidad, no pretendían únicamente un mero relevo de partidos al modo de la Europa democrática y burguesa. Con semejante «cambio de régimen», empero, el panvasquismo persigue el relevo de unas élites por otras, apropiarse sin disidencias de los mecanismos de reproducción cultural y política, sustituir los símbolos tradicionales por los propios del nacionalismo; soterrar de facto la entera vida social navarra por medio de esas nuevas formas de contrasociedad que cualquier visitante, de viaje por Navarra, puede observar nítidamente. Un cambio permanente e irrevocable, en suma, del paradigma social y cultural imperante. Y en ello persisten sin desmayo, sin complejos... pero, ahora, ¡con el PSN-PSOE en cabeza!

7. El «juego» del PSN-PSOE

A lo largo de su particular historia, UPN, en sus análisis estratégicos, contemplaba al socialismo navarro como una «reserva natural» de electorado navarrista o como un socio preferente. El PSN-PSOE, a su inamovible entender, siempre estaría dispuesto a la colaboración con los regionalistas; desde dentro o fuera del Gobierno. De tal modo, la sociología política, según las sucesivas normativas electorales de la Comunidad, permitirían diversos juegos de poder a las tres grandes corrientes presentes en Navarra: el centro-derecha, el socialismo, el nacionalismo; mayormente a una supuesta «mayoría natural» inamovible de navarristas y socialistas. Así sucedió... hasta 2015.

Sin embargo, la aparición de Podemos rompió por completo esta estrategia, dibujando un «cuarto» sector; evidenciando que se había producido un cambio absoluto de paradigma cultural y social que podía facilitar nuevas mayorías que compartieran análogos presupuestos radical-progresistas. Tales son las claves últimas de la coalición gobernante en 2015³, en la que no llegaron a integrarse los socialistas navarros por imposición de la dirección federal en Madrid; pero también de la hoy liderada por María Chivite desde 2019 con la participación de Geroa Bai (PNV e independientes, procedentes en su inmensa mayoría de sucesivas escisiones de la izquierda abertzale, quienes tienen el mayor peso en esa coalición nacionalista «moderada»), Podemos y el apoyo exterior de Izquierda-Ezkerra; pero también, ocasional y tácticamente, de los nacionalistas «radicales» de EH Bildu.

³ UPN, 15 escaños; Geroa Bai, 9 escaños; EH Bildu, 8 escaños; Podemos, 7 escaños; PSN-PSOE, 7 escaños; Partido Popular de Navarra, 2 escaños; Izquierda-Ezkerra, 2 escaños.

Con todo, el liderazgo regionalista y sus voceros mediáticos y sociales⁴ siguen sin asimilar el «giro» estratégico de los socialistas navarros –que los ha arrojado a la oposición, cuando no a la marginación– que bien responde a unos imperativos ideológicos, que no deben sorprender a nadie; pero también a su particular historia y temperamento. Así lo entendió –entre otros– el periodista de *El Mundo* Santiago González, quien en su «Epístola a los adefesios», de 27 enero 2020⁵, terminaba así: «Yo había sido comunista antes de que usted [se refiere al presidente Sánchez] fuese nada. Hace tiempo, mi amigo Mikel Bilbao, que fue camarada “in illo tempore” y sigue siendo amigo ahora, me reveló una verdad apabullante: “¿te acuerdas de cuando éramos comunistas, de las cosas tan horribles que decíamos de los compañeros socialistas? Bueno, pues de todo, era lo único en lo que teníamos razón”». Lo que quiere decir: ¡nunca te fíes de los socialistas!

Pero, chascarrillos al margen, lo cierto es que el socialismo, el nacionalismo vasco y el neocomunismo, han conformado en Navarra –al igual que en el resto de España– una coalición de poder, proyectos e intereses que tiene una sólida base ideológica; comprendiendo igualmente a los nacionalistas «radicales». Prueba de ello fue la siguiente declaración gubernamental de María Chivite, de 24 de febrero, por la que hizo público un acuerdo parcial con los herederos de ETA: «El Gobierno de Navarra reitera su “satisfacción por el acuerdo alcanzado” [entre el citado Gobierno y EH Bildu] y valora que del mismo “se va a ver directamente beneficiado el conjunto de la ciudadanía de Navarra en términos de progreso económico, creación de empleo de calidad, derechos de la ciudadanía, fortalecimiento de los servicios públicos, avances en materia de igualdad, cohesión social y territorial, así como de estabilidad política y convivencia democrática”. Además, añade que “la pluralidad de Navarra se convierte en una fortaleza” y muestra su apuesta por “la vía del diálogo para encontrar acuerdos que permitan progresar y avanzar”»⁶. Efectivamente: en este texto se ha dibujado, con todas las licencias y ambigüedades que puede permitirse la izquierda, un programa táctico y estratégico común que refleja los objetivos, de todas las izquierdas, que conforman el actual gobierno foral... y el nacional.

8. Metapolítica y gramscismo versión foral

La realidad de Navarra es hoy, por tanto, la crónica de un laboratorio social en marcha, a escala territorial, sometida a una altísima presión; incomprensible de no considerarse las categorías específicas de la «metapolítica» y del «gramscismo cultural». Unas categorías que UPN, PPN y Ciudadanos, salvo aisladas excepciones como Jaime Ignacio del Burgo o el prematuramente desaparecido Pascual Tamburri Bariain, nunca corellanos, quien en el encuentro DN Management (organizado por *Diario de Navarra*) de 23 de marzo de 2021, recordaba con nostalgia que «Navarra “funcionaba” cuando UPN y PSN “se entendían”». Y es que algunos siguen sin querer enterarse han comprendido

⁴ Es el caso del empresario «socialista» Alberto Catalán, presidente de AC Hoteles by Marriott, muy amigo de Miguel Sanz, ex-presidente de UPN y jefe del ejecutivo navarro durante muchos años, ambos

⁵ <https://santiagonzalez.wordpress.com/2020/01/27/epistola-a-los-adesios/>

⁶ <https://www.navarra.es/es/noticias/2020/01/24/el-gobierno-de-navarra-alcanza-un-acuerdo-con-eh-bildu-nafarroa-para-la-aprobacion-de-los-presupuestos-de-navarra-2020>.

y mucho menos les ha interesado; lo que explica su incomparecencia en la «batalla de las ideas» durante décadas.

Ciertamente, la aparición de algunas entidades no partidistas de vocación cívico-social y convicciones genéricamente navarristas y/o constitucionalistas, ya meses antes del desalojo de UPN del Gobierno Foral, generó algunas expectativas de cambio en las tradicionales dinámicas tácticas del centro derecha navarrista. No obstante, el balance que puede hacerse a día de hoy no es como para tirar cohetes. Hagamos un brevísimo repaso. De la pujante durante años Fundación Socio-Cultural Leyre no queda nada; Sociedad Civil Navarra aparentemente ha colapsado; los bríos de Bandera han sido frenados por la crisis del CoVid; Doble 12 parece haber renunciado a su activismo callejero, explorando otras vías de trabajo; el colectivo activista Navarra Resiste se ha disuelto, refugiándose algunos de sus militantes en Vox, donde no han alcanzado relieve alguno; Recuperar Navarra no deja de ser una sigla de escaparate; El Club de los Viernes no despega; Juntos por España-Navarra no ha logrado saltar de su naturaleza de red social de desahogo.

Otros colectivos, de meritoria labor previa, mantienen sus líneas de trabajo, caso de Libertad Ya y, sobre todo, Vecinos de Paz. La Asociación por la Tolerancia continúa con su ocasional línea de trabajo característica. Y la Asociación Navarra del Movimiento Europeo se sigue caracterizando por su «exquisita» prudencia. Por su parte, la mayoría de víctimas navarras del terrorismo se han agrupado en la dinámica ANVITE (Asociación Navarra de Víctimas del Terrorismo de ETA). A este «brote verde» habría que sumar la Asociación Cultural y Peña Sanferminera Pompaelo, quien incluso ha lanzado la atrevida editorial homónima vía recursos de Amazon; cubriendo el hueco existente en un panorama editorial dominados por consolidadas empresas abertzales (Igela, Pamiela, Mintzoa, Txalaparta, Txori Erreka, etc.) líderes absolutos en el sector.

Por lo que respecta a Vox, señalemos que, a día de hoy, este partido no tiene peso alguno en la Comunidad Foral, al no haber conseguido ninguna representación institucional; otro asunto es que pueda engrosar efectivos, liderazgos y posibilidades, en el futuro, alimentándose de la crisis en que pudiera incurrir, un día, el centro-derecha liderado todavía por un declinante UPN. No obstante, en Navarra el regionalismo tiene sólidas raíces que enganchan con la mentalidad genéricamente foralista, posibilista y malminorista de buena parte de la población local; una particular sociología electoral que difícilmente puede asimilarse a las derivas electorales experimentadas en otros territorios españoles.

Volviendo a la metapolítica y al gramscismo cultural, traeremos a colación diversos fenómenos mediáticos y acciones públicas que reflejan su potencial, analítico y transformador, del paradigma cultural hegemónico. Recordemos así: las claves internas de la disolución del partido abertzale Aralar, quien tanto contribuyó al decisivo cambio del mapa político navarro y con ello a los dos sucesivos gobiernos radical-progresistas que hemos mencionado; las cainitas crisis de los «podemitas» locales; las actitudes «napartarras», a modo de acomplejado nacionalismo navarro en tránsito al separatismo vasquista, entre no pocos regionalistas navarristas; la imposición en todos los ámbitos de la vida –incluso en la privada– del intervencionismo estatista más descarado; el retroceso del sindicalismo «de clase» frente a su agresivo rival panvasquista; el hostigamiento a las expresiones públicas del catolicismo; la instrumentalización mediática y política de la criminal «manada» sanferminera, de la tantos que se sirvie-

ron para estrechar más si cabe la «agenda de género», tanto en Navarra como en el resto de España.

9. Navarra: sé tú misma

Hoy día, prácticamente en toda Europa, así como en el resto de Occidente y buena parte del mundo, el radical-progresismo societal se ha fundido con el neoliberalismo consumista en el proyecto globalista e individualista políticamente correcto que, en grandes rasgos, se identifica con la «Agenda 2030» de Naciones Unidas. Frente a la realidad del triunfal mundialismo, que arrasa tradiciones, identidades y fronteras, el panvasquismo se presenta como una anomalía histórica. No en vano, ¿cómo es posible que, en Navarra y Vascongadas, se esté implantando, sin excesivas resistencias populares, un programa identitario de tan hondas implicaciones comunitarias? La paradoja sube de tono cuando constatamos que esos ingredientes –arraigo, nacionalismo, soberanismo– concurren, contrariamente a su caso, en los denominados nacional-populismos; con los que no se idéntica en absoluto y a quienes sitúa, en su vulgata propagandística, como herederos del fascismo, el nazismo y el franquismo.

Para entender este fenómeno, debemos recordar, de nuevo, la naturaleza del nacionalismo abertzale, el más agresivo, juvenil y voluntarioso del conjunto del panvasquismo, frente a un PNV anquilosado, instalado en la rutina electoral, la normalidad administrativa y la gestión de sus clientelas, quien ha renunciado a la enseñanza del mismísimo euskera; principal instrumento de la «construcción nacional», en manos de docentes e instituciones inequívocamente radicales. Por ello, destacaremos que el indudable éxito de la izquierda abertzale, construida desde ETA, se debe a su enorme capacidad de anticipación y trabajo, metapolítico, comunitario e hipermilitante; pero sin olvidar nunca su estructura y deriva totalitarias. No en vano, y esta es la clave de todo ello, en su dinámica contrasociedad –verdadero anticipo del Estado Nacional Vasco– puede articularse toda la vida de los individuos: afectos, ocio, mitos, formación, compromisos sociales, literatura, educación, sentido, pertenencia, celebración... identidad y arraigo. Y todo ello en consonancia con las ideologías en boga en todo Occidente.

La cuestión es, conforme el análisis descriptivo anterior: ¿es irreversible esta evolución? Creemos que no, ante todo porque la Historia nunca está escrita de antemano; siempre es imprevisible. Para prueba: la pandemia del Covid-19 y las consecuencias de todo tipo que arrastrará y que, hoy, apenas podemos entrever.

En última instancia, la cuestión que se plantea es la siguiente: si la navarridad española nació y se desarrolló durante siglos, alimentándose del cristianismo, generando con ello una particular e intensa vivencia comunitaria, ¿podrá sobrevivir sin esas raíces? En definitiva: se trata del mismo reto al que se enfrenta toda Europa, si bien marcado, y en gran parte eclipsado, por la rivalidad identitaria-totalitaria del panvasquismo. ●

EN BUSCA DE HORIZONTES

MANUEL PARRA CELAYA

Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación (Pedagogía).

1. Releo la dedicatoria que Miguel Argaya me brindó en su libro *Historia de los falangistas en el franquismo* (de *Plataforma* 2003): «Para Manuel Parra, esta historia de tristezas y esperanzas sin horizonte», que me da pie para este artículo.

Tristezas las hemos ido acumulando todos, no solo durante el franquismo y después de este, en el Régimen surgido de la Transición, y no solo al mirar de puertas afuera de nuestros ámbitos ideológicos, sino al constatar cómo se han ido diluyendo esfuerzos y esperanzas; y no solo *entre la saña de un lado y la antipatía del otro*, que también, sino por variados motivos: La incesante diáspora, el recrudescimiento de los *focos de tensión* intrínsecos, nunca resueltos y en estado larvario, y por el empecinamiento de actitudes escasamente generosas en lo humano y con lamentable olvido del último punto del Juramento de Sánchez Mazas.

Mirado objetivamente, el falangismo ha adoptado la característica de *movimiento testimonial*; que no se entienda en esta afirmación una crítica destructiva a ninguno de los grupos del mosaico azul, que supongo llenos de honradez y de excelente voluntad, compartiendo las tristezas y esperanzas, sino que la formulo desde un realismo posibilista en la política real, en comparación con la suerte del resto de fuerzas políticas que, intramuros o extramuros –o a mitad de camino– del Sistema existen en la actualidad. La comparación con el mantenimiento de un *fuego sagrado* en el templo de Vesta de la antigua Roma se hace inevitable, y da la sensación de que quienes hoy en día nos definimos como falangistas o joseantonianos hemos asumido la condición de las vestales...

Dicho esto, dejo de lado las *tristezas y esperanzas* de la dedicatoria de Argaya y me centro en la palabra *horizonte*, en el bien entendido que se trata de un punto de vista exclusivamente personal, en modo alguno transferible a quien piense de otra manera.

La Falange no fue posible es título de otro libro, con el interrogante sobre las causas, y tesis de multitud de artículos publicados por propios y ajenos. Lo traduzco en el sentido de que lo que no fue posible fue aquella *revolución nacionalsindicalista*, de la que la Falange era instrumento y no finalidad, pues la beneficiaria debía ser toda la sociedad española. No viene ahora al caso que las siglas históricas estén reconocidas legalmente en el registro de asociaciones –eso sí, diversificadas en estructuras y afiliaciones–, sino que el objetivo primordial, aquella *revolución*, ha quedado como horizonte irreal, tópico y lugar común, no trazado como meta *posibilista*.

Sería muy prolijo analizar todas las causas; digamos que han ido influyendo a lo largo del tiempo vectores interiores y exteriores al propósito; resumámoslo en los condicionantes insuperables de la circunstancia histórica: primero, la guerra civil, con la que se perdió la oportunidad de lo que fue concebido como un gran movimiento de hermandad y de tensión unitaria *de todos los españoles* hacia un cambio sustancial de estructuras y de mentalidades; la Falange y su revolución nacionalsindicalista dejaron de ser *cosa duradera* en aquel contexto. Lo que vino después fueron tímidos y loables experimentos de aplicación en campos concretos (trabajo, juventud...), casi

anecdóticos si se sitúan en el marco general; mucho se hizo y bueno, pero en general en otro sentido del orientado por la doctrina falangista.

No es extraño que, ya en aquellos momentos, las esperanzas y esfuerzos individuales se pudieran concretar en los versos del *Envío* de Ángel María Pascual: *En tu propio solar quedaste fuera...* El marco europeo surgido del desenlace de la 2ª GM fue definitivo, y aquí se pueden citar los versos de Dante en el infierno: *Dejad toda esperanza*. Finalmente, el arrumbamiento del Régimen español en las vitrinas de los museos de historia, cubierto por el polvo, por el sectarismo y por la censura sin paliativos, quiso arrastrar también el arrumbamiento del falangismo. No poca culpa tuvo la ceguera (llamarlo *ingenuidad* sería excesivamente caritativo) de los propios en esta pérdida del horizonte.

El hecho es que no fue posible. ¿Tenemos que conformarnos con nuestro humilde papel testimonial de sacerdotisas vestales? Algunos nos resistimos a ello, quizás porque hemos insistido en la profundización de los textos de José Antonio y encontrado en ellos sorprendentes hallazgos de virtualidad humana y, aun, política. Y, llegados a este punto, podemos observar las disyuntivas que se abren en el momento actual, algunas de ellas entremezcladas entre sí, como muestra de mayor desorientación.

Las posturas de estas alternativas pueden coincidir, en gran parte, con nosotros en la crítica a lo establecido –al Sistema–, pero se alejan ostensiblemente de lo joseantoniano en cuanto a los fundamentos últimos en que se basa su crítica y en relación a lo que proponen como soluciones.

2. Una de ellas es incardinar el falangismo hacia posiciones afines con lo que se han venido en llamar *identitarismos populistas*. Sea acertada o no la definición, lo cierto es que recorre Europa esta tendencia (mejor, tendencias), frente a la *Aldea Global* y a la *Open Society*, propugnando un retorno hacia las identidades nacionales amenazadas.

Dejando de lado que puedan representar una aceptación electoral lógica por descarte de otras (como lo fueron en su momento otras orientaciones), habría que achacar a estas tendencias un carácter fundamental de *reacción* ante los hechos, lo que es óbice para que su popularidad haya alcanzado a las clases populares y trabajadoras, hartas de la gestión de los partidos y fuerzas habituales.

Pero, sobre todo, un rasgo que presentan estas fuerzas es un cierto sentido nacional, que obra como banderín de atracción entre algunos falangistas; no obstante, no confundamos conceptos: se trata de una posición claramente *nacionalista*, con lo que es preciso establecer distancias con respecto a las teorías joseantonianas.

Se reafirman las patrias desde el punto de vista de los elementos *nativos*, en este caso, de una supuesta *identidad*: ser *idéntico* a sí mismo, podría ser la interpretación, cuando sabemos que *nadie es nadie si no es con relación a los otros*. La *identidad nacional* que se preconiza desde esos atriles es a modo de un resucitado *volkgeist*, un *espíritu del pueblo* de naturaleza abstracta que se transmite a lo largo de las épocas, y que se esgrime contra las tesis globalizadoras.

Lo *foráneo* se ve como opuesto a la *identidad*, cuando la base joseantoniana es la contraria: lo que justifica la existencia de una nación es su capacidad para integrar pueblos, razas, lenguas o costumbres en un proyecto común diferenciado. El *identitarismo* no es más que una versión reaccionaria de aquel *individualismo de los pueblos* que tiene el sonoro nombre de nacionalismo.



Discurso del Teatro de la Comedia

Desde una perspectiva basada en José Antonio, se trata de empalmar, no con una *identidad*, sino con una *esencia nacional*, que, en el caso de España, es precisamente su *universalidad*, fundamentada en una concepción cristiana del hombre y de sus valores intrínsecos, de sus comunidades naturales de convivencia y de una interpretación de la vida y de la historia en este sentido. Un *nacionalismo español* es un verdadero oxímoron, es decir, son términos que se oponen entre sí.

Del mismo modo que se aplica esta teoría al caso concreto de España, puede trascenderse a Europa, que no puede ser rechazada –como lo hacen algunos movimientos identitaristas– como futura *unidad de destino en lo universal*. La misma crítica que se puede formular hacia las directrices ideológicas, económicas y administrativas de la Unión Europea

puede hacerse hacia cada uno de los Estados miembros, sin que a nadie se le ocurra dimitir de su condición nacional por ello. El antieuropeísmo no es más que una vuelta atrás en la historia de la humanidad.

En segundo lugar, la casi totalidad de los *movimientos identitarios* muestran una oposición al sistema socioeconómico capitalista en lo que tiene de mundialista y de constreñidor de las economías nacionales, pero no adoptan una actitud de *rectificación* del mismo como *una alta tarea moral*. Tampoco profundizan –puedo estar equivocado– en las relaciones de trabajo y empresa, de propiedad y de alternativas sociales a las actuales formas.

No entremos aquí es si es posible o no reemplazar el sistema capitalista por otro de corte sindicalista, como decía la teoría nacionalsindicalista de los años 30 del siglo xx; a todas luces, parece una empresa utópica, dada la situación del mundo moderno. Pero ello no es óbice para que los joseantonianos diseñemos esas *rectificaciones* o *reformas* de lo establecido, como, de entrada, afirmar que el Mercado tiene sus límites, que vienen dados por la dignidad del trabajo y del bien común, o que es inadmisibles que la economía financiera de la especulación suplante a la productiva. En otros campos sí se muestran maximalistas los movimientos identitarios...

3. Otra de las alternativas parece recaer en lo que fue, en los orígenes del falangismo, algo que *más nos perjudica que nos beneficia*, como dijo José Antonio a Indalecio Prieto en el Parlamento, es decir, la asimilación con el fascismo y, en nuestro caso, con las formas de *neofascismo*.

Curiosamente, la figura de José Antonio sigue despertando atracción en grupos jóvenes, en concreto, en una franja de edad que podríamos situar entre los 18 y los 25 años; fijémonos que estas edades corresponden a lo que se ha llamado *adolescencia retardada*, y, como tal, implica en muchos casos una falta de madurez que se añade, en ocasiones, a las deficiencias educativas.

Por supuesto, este sector que se dice joseantoniano no procede, por edad, de ninguna organización juvenil del antiguo Frente de Juventudes ni suele militar bajo las siglas históricas falangistas y, si lo han hecho, han ido cambiando continuamente de ubicación; podríamos llamarla una *juventud a la intemperie*, que presenta como principal rasgo el del inconformismo frente al Sistema; suelen ser, pura y simplemente, *antis*, y se agarran a símbolos que les parecen adecuados para ello. Son el paralelo a los *antifascistas* y *antisistema* de la izquierda radical.

Se trata de un fenómeno de alcance europeo, no exclusivamente español; el desengaño de la *democracia* establecida, el rechazo visceral a las ideologías oficiales y la pérdida de futuro les han empujado a la búsqueda de una *mística* variopinta.

Como en los años 30 del siglo pasado, el fascismo y sus variantes despierta la atracción en ellos; se trata de una recaída en los *mitos* históricos, más por oposición frontal a los otros mitos actuales que por conocimiento histórico y doctrinal.

También los falangistas de la época fundacional sufrieron este atractivo, del que se fue liberando José Antonio para llegar, en la madurez de su pensamiento político, a posiciones de originalidad, más basadas sobre todo en lo que era el fundamento último de sus ideas, el humanismo de base católica; si atendemos a nuestra historia, observaremos que muchos de sus seguidores no llegaron a entenderlo.

Pues bien, se está dando esta recaída en los que, apegados a una estética de origen fascista, parecen centrar en ella su contestación al Sistema, que los retroalimenta con sus proclamas y censuras del pasado; la mezcolanza de simbología y de enaltecimiento de figuras históricas, de ideas sueltas a modo de eslóganes y de la escasa maduración y preparación lleva a unir en un mismo paquete al fascismo originario, al de la República de Saló, al hitlerismo, al franquismo y a lo que se tercie en un *totum revolutum* sin más común denominador que la aversión al Sistema actual.

En ellos se dan improntas de un catolicismo integrista, del paganismo de Évola o de Alain de Benoist, de referencias *gruesas* del pasado nacional, de racismo nórdico o de *revolucionarismo infantil*. Nietzsche, Sorel, Ledesma, Mussolini, Víctor Pradera, Franco y José Antonio están en su imaginario, pero escasamente en sus lecturas.

Esta tentación neofascista es un horizonte del todo punto *erróneo*, y *perjudicial* para lo joseantoniano en nuestros días. Resumiéndolo a grandes rasgos, diríamos que es el Mito frente a la evidencia y a la realidad.

Si José Antonio tiene algo de valor en nuestros días, no es retro trayendo su obra a períodos inmaduros y titubeantes, sino alcanzándolo en su plenitud y en su esencia. Estas mezclas confusas y arbitrarias *son las mismas que utiliza el Sistema para desacreditar todo aquello que le pueda hacer sombra*.



4. Por fin, hay ámbitos en los que impera la más pura *ortodoxia*. En estos, se acude a referencias históricas exactas, reivindicando la *pureza* falangista a todo trance y a no salirse de las llamadas a los textos fundacionales. Se trataría, según nuestra metáfora, de la máxima expresión de la virginidad de las Vestales romanas..., olvidando que, para engendrar nueva vida, es necesario perder esa *virginidad*.

La fijación en una determinado etapa histórica, y, como tal, ya pasada e irrepetible, significa la pérdida del presente y del futuro. No es ajeno a estas posturas un enroscarse en las inútiles aguas de la ucronía: las fechas conmemorativas adquieren el significado a argollas y cadenas para un pensamiento actual. Y no se crea que se trata de un defecto de ancianidad; por el contrario, muchos *veteranos* han asumido posturas de realismo que contrastan con aquellos que se han *fijado* en un determinado momento de la historia, sea en el franquismo, en la Transición o en hace una década; no entienden que *la política es una partida con el tiempo en la que no es lícito demorar ninguna jugada*.

5. Partamos de una reflexión fundamentada en la realidad: Por ahora no tenemos posibilidad alguna de llevar a cabo una empresa política efectiva de alcance nacional. Quizás sí, modestamente, actuaciones *de guerrilla*, que pueden resultar afortunadas o desafortunadas, con más posibilidades de esto último, dada la enemiga del Sistema y el alcance de sus poderosos medios. ¿Qué hacer, pues, en esta disyuntiva?

Lo primero, trazarse unos horizontes claros. Que, como primera característica, deben ser propios y no ajenos, buscando el arrimo a posturas que ya hemos señalado como diferentes a nuestras razones. Debemos partir de José Antonio, pero no quedar-

nos en él y en su recorrido por la historia, sino estudiando, analizando e incorporando, en su caso, todo aquello que se ha escrito o dicho posteriormente, con atención especial a lo que pensadores de hoy plantean como alternativas a lo establecido y aparentemente inamovible. Es decir, el horizonte debe ser buscado a partir de nuestras propias fuerzas.

Es evidente que los esfuerzos deben centrarse en el plano que llamaríamos cultural o ideológico, no en la confrontación partidista para la cual no disponemos de medios comparables a los que tienen los demás. Es en el campo de la cultura en el que tenemos posibilidades de lograr pequeños o grandes éxitos, paulatinos, que nos lleven, no a una *revolución desde arriba o desde abajo, sino desde dentro* de la sociedad.

Esta propuesta encierra, a su vez, dos ámbitos de acción: uno de carácter íntimo, personal; el otro, colectivo.

El primero consiste en arraigar en nosotros el *modo de ser* que pedía José Antonio, y llevado a efecto en todas nuestras palabras y acciones, *de modo consciente o inconsciente*; no se trata de *estar*, sino de *ser*, como condición indispensable para emprender acciones junto a otros.

El segundo, el que hemos llamado colectivo, se refiere al *modo de pensar*. No caigamos de nuevo en la utopía de los *congresos ideológicos*, de los *acuerdos de mínimos*, de los *foros de debate* institucionalizados; todas las experiencias han resultado fallidas y han contribuido a aumentar aquella tristeza y a aventar las esperanzas que se ponía en estas experiencias. Ya llegarán cuando la fruta esté madura...

Cada núcleo que se considere falangista o joseantoniano, sea numeroso o no, debe acometer esta tarea de pensamiento y estudio por su cuenta, abriéndose progresivamente a otros núcleos que considere más afines por razón cronológica, por afinidad, por proximidad o por conciencia de capacidad creadora. No basta la intención de *estar juntos*, sino la de *hacer algo juntos*.

Sus instrumentos pueden ser variados: las redes sociales les pueden abrir posibilidades insospechadas, pero no olvidemos que solo lo escrito permanece en el tiempo; libros, revistas, artículos, ensayos, con cabida en hemerotecas y bibliotecas, serán inversiones de futuro; sin dejar de lado, claro está, la inmediatez y presentismo de los chats, los correos electrónicos o las páginas web.

Lo importante es el contenido. No pretendamos tareas de *resurrección*, que en política son inútiles, sino esfuerzos de innovación y de creación, partiendo de la esencialidad del mensaje de José Antonio; no basta con cotejar lo que se dijo hace ochenta años con las situaciones actuales, sino *adivinar lo que se diría hoy desde sus ideas-fuerza*.

Cerramos estas reflexiones con una frase –casi una consigna– oída de boca de aquel gran posibilista joseantoniano que se llamó Jaime Suárez –con quien tanto amamos, debatimos y discrepamos– en una *Escuela de verano* bajo la Cruz de Cuelgamuros:

Hubo un hombre genial en España que se llamó Joaquín Costa, que pasó a la historia. Años después, otro hombre genial, llamado Ortega y Gasset, desarrolló ideas de Costa, acaso sin nombrarlo mucho, y creó escuela; de esa escuela, un hombre genial, que se llamó José Antonio Primo de Rivera, llevó a su ideología política muchas de las ideas de Ortega, a quien solo nombró en ocasiones... Si trabajamos bien nosotros, un nuevo día, otros hombres geniales descubrirán a José Antonio y, acaso sin nombrarlo, aplicarán sus ideas a la España y a la Europa que les toque vivir. ●

COACHING, LAS TECNOLOGÍAS DEL YO Y EL CONTROL SOCIAL

JAVIER BARRAYCOA

Doctor en Filosofía y profesor de la Universidad CEU-Abat Oliva

En plena eclosión del individualismo, de las aspiraciones de autorrealización, del deseo de desligarse de obligaciones externas y auto-obligaciones, parece que al hombre de hoy se le escapa la felicidad y necesita de expertos que gestionen su logro. Desde las reflexiones de Tocqueville sobre las sociedades democráticas, empezamos a aprender que el individualismo no es una posición de fuerza de la persona contra el Estado, sino una de las condiciones para que las democracias se convirtieran en regímenes totalitarios. Posteriormente, autores como Foucault nos ilustraron sobre el control individual (*tecnologías del yo*) y el colectivo (*biopoder*). Con el tiempo hemos comprendido que las formas de control individuales y colectivas no son dos formas paralelas y diferenciadas de poder, sino que se entrelazan en una sola estrategia. En este artículo abordaremos un aspecto del control social que puede sorprender. Nos referimos al *coaching* como un método que entrelaza diversas dimensiones de la vida para regalarnos la felicidad. En estos tiempos, y tras la novela distópica de Aldous Huxley, ya no nos puede sorprender que, entre el deseo de felicidad y el control social, hay una inevitable relación.

El control de la felicidad y la felicidad como control

La felicidad se ha convertido en una ideología como en su día lo fue la «libertad» revolucionaria. La felicidad, *hic et nunc*, hoy es un imperativo moral y legal que los Estados modernos están obligados a proveer a sus ciudadanos. Y si el Estado no lo logra, el propio individuo tendrá que alcanzarla por su cuenta. El problema de la felicidad, no obstante, genera muchas controversias. La primera es que nunca se podrá deslindar la cuestión de la felicidad de la del sufrimiento y la infelicidad. El Estado de Bienestar no ha logrado erradicar las llagas dolientes de la condición humana. Y como en una sociedad secularizada la comprensión del dolor es imposible, el poder debe evitar que se recurra a lo sagrado para su aceptación irremediable. De ahí que, como constata Eva Illouz, la consecución de la felicidad y la justificación del sufrimiento son instrumentos de legitimación del poder. El ejercicio del poder ya no sólo recurre a sus tradicionales estrategias (coerción, sistema legal y policial), sino que impone los cánones de la felicidad y los medios para la evitación del sufrimiento. De paso establece quiénes son los «expertos» en manejar estos asuntos.

Illouz propone que: «en la visión del mundo terapéutica contemporánea el sufrimiento se ha convertido en un problema que debe ser manejado por expertos de la psiquis. La perturbadora pregunta en relación con la distribución del sufrimiento (¿Por qué los inocentes sufren y los malos prosperan?), que ha obsesionado a las religiones y las utopías sociales modernas, ha sido reducida a una banalidad sin precedentes por

un discurso que entiende el sufrimiento como el efecto de emociones mal manejadas o de una psiquis disfuncional»¹. Ello explicaría el éxito actual de la psicología, ya que: «La psicología clínica –continúa Illouz– es el primer sistema cultural que se deshace totalmente del problema, haciendo que la mala fortuna sea el resultado de una psiquis herida o mal manejada. Cumple así a la perfección con uno de los objetivos de la religión: explicar, racionalizar y en última instancia, siempre, justificar el sufrimiento»². Felicidad-infelicidad se convierte en el binomio de un sistema de control conductual que se efectúa mediante formas relacionales que se escapan a la clásica vinculación del individuo con el Estado. Ahora el control se efectúa «horizontalmente» desde el «experto» –el terapeuta– y el «ciudadano».

Pero esta exaltación terapéutica, complemento del egocéntrico e individualista canto a la «autoayuda», esconde el fracaso de la modernidad. Con muchas décadas de antelación, Christopher Lasch anunciaba el fracaso del narcisismo y el desmoronamiento de las psiqués individualistas. Así, se puede afirmar que: «La modernidad, que es la época de la constitución del sujeto, es al mismo tiempo el proceso de su destrucción, de su división, escisión. Como tesis general podríamos decir que a medida que el sujeto quiere ser fundamento del todo y al mismo tiempo fundamento de sí mismo, y por tanto fundamento único y último, se experimenta como desfundado, sin fundamento»³. Las «psiqués desmoronadas», se transforman en parte de un sistema que puede ejercitar más eficazmente el control social. Helena Béjar, en un ensayo sobre la felicidad, establece la relación entre la infelicidad y el sistema democrático: «Enemigo de la felicidad es el deseo que eclosiona en la sociedad democrática [...] la igualdad y la movilidad social crean nuevas obsesiones [...] Es la melancolía y la debilidad lo que se percibe en la sociedad democrática. (Por ello) la autosuficiencia será un valor clave para el ideal de la felicidad privada»⁴. El éxito de ventas de los libros de *autoayuda* es una demostración de esta tesis y está en relación con lo que Michael Foucault denominó las «*tecnologías del yo*». La autoconstrucción del hombre se realizaba desde un poder remodelador del cuerpo y del alma del sujeto. Por eso, debemos establecer la relación que hay entre democracia, control social, terapias de autoayuda y las modas del coaching.

Democracia, «tecnologías del yo» y la esclavitud terapéutica

Tocqueville señala que en las democracias –al divinizarse la «igualdad»– las más mínimas diferencias entre los individuos se vuelven insoportables. Despreciando un orden jerárquico y diferenciador, no pueden entender por qué otro puede tener un sueldo mejor o poseer una felicidad de la que otros carecen. El rechazo de las sociedades democráticas a la diferencia de estatus social, es por el terror que produce perder un estatus social como condición de un bienestar que proporciona la soñada felicidad. Como pronostica Bauman: «La fragilidad de todos los puntos de referencia y

¹ ILLOUZ, EVA: *La salvación del alma moderna. Terapia, emociones y la cultura de la autoayuda*, Katz, Madrid, 2010, p. 307.

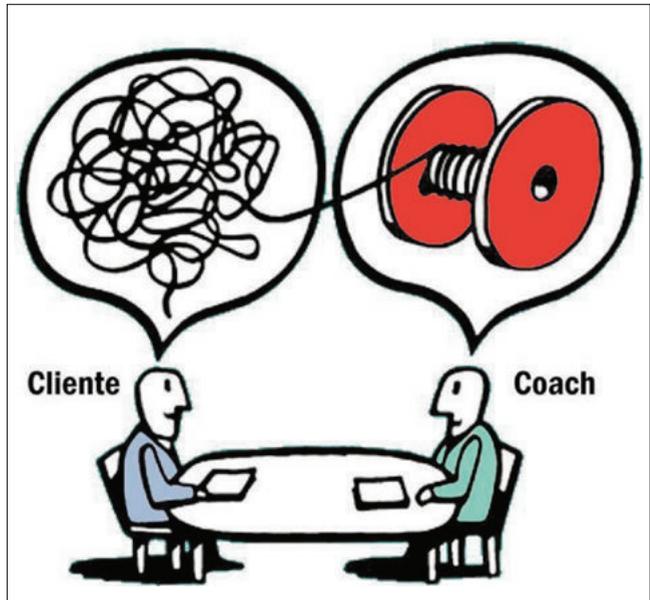
² Ibid. p. 308. Luhmann, coincide en que las causas de la infelicidad «deben ser consideradas y tratadas como producto de la casualidad» y por lo tanto no hay cuestiones morales ni trascendentes a considerar.

³ AMENGUAL, GABRIEL: *Modernidad y crisis del sujeto: hacia la construcción del sujeto solidario*, Caparrós, Madrid, 1998, p. 163.

⁴ BÉJAR, HELENA: *Felicidad. La salvación moderna*, Tecnos, Madrid, 2018, p. 223.

la incertidumbre endémica acerca del futuro afectan profundamente a quienes ya han sido golpeados y todos los demás que no podemos estar seguros de que los golpes nos pasen de largo»⁵. Así aflora una de las contradicciones de nuestro sistema social. Mientras que el Estado se obstina en ser el garante del Bienestar y la seguridad, la precariedad y la incertidumbre se extienden. Pierre Bourdieu ya alertaba del sentimiento de «*précarité*» que empezaba a arraigar en las sociedades democráticas. En su obra *Contrafuegos*, concretaba que: «Al hacer incierto todo el porvenir, la precariedad impide toda previsión racional y, en especial, ese mínimo de creencia y de esperanza en el porvenir que hay que tener para revelarse»⁶.

Bauman, por su parte, aporta una interesante contradicción entre la búsqueda de la identidad y la propia precariedad: «La búsqueda la identidad divide y separa; sin embargo, la precariedad de la construcción solitaria de la identidad impulsa a los constructores a buscar perchas en las que colgar juntos los temores y ansiedades que experimentan individualmente»⁷. El hombre posmoderno tiene la necesidad de autoconstrucción de una identidad pero le invade constantemente un sentimiento de precariedad. La resolución de esta dialéctica lleva al triunfo *las tecnologías del yo*. Estas, según el sentido que les da Foucault, son las técnicas que se ejercen sobre uno mismo y que permiten a los individuos efectuar un cierto número de operaciones sobre sus cuerpos, sus almas, sus pensamientos y sus pensamientos sus conductas, al dictado del poder. Eva Illouz, asocia este concepto a procesos



rutinarios y cotidianos que muchas veces elaboran las terapias psicológicas para alcanzar lo que denomina *los rituales de integración del yo*: «El conocimiento y los sistemas simbólicos han llegado a conformar lo que somos porque son representados dentro de las instituciones sociales que les confieren autoridad a ciertos modos de conocer y de hablar y los convierten en rutinas, de manera que puedan transformarse en los códigos semióticos invisibles que organicen la conducta ordinaria y estructuren *los rituales de integración del yo*»⁸.

⁵ BAUMAN, ZYGMUNT: *La sociedad individualizada*, Cátedra, Madrid, 2001, p. 174.

⁶ BOURDIEU, PIERRE: *Contrafuegos 2*, Barcelona, Anagrama, Barcelona, 1999, p. 96.

⁷ BAUMAN, ZYGMUNT: *La sociedad individualizada*, Cátedra, Madrid, 2001, p. 174.

⁸ ILLOUZ, EVA: *La salvación del alma moderna. Terapia, emociones y la cultura de la autoayuda*, Katz, Madrid, 2010, p. 19.

Desde finales del siglo xx, la disciplina psicológica ha sido invadida por la corriente denominada «psicología positiva» que ha desarrollado la cultura de la «autoayuda». Podemos interpretar esta moda como un efecto secundario de «los rituales de integración del yo». El iniciador de esta nueva religión secular es Martin Seligman que propone una metodología para conseguir la «felicidad» a través del desarrollo de las «fortalezas personales»⁹. Para él, la felicidad se alcanza combinando el éxito personal, la realización espiritual, la empatía con los demás y el sexo saludable. Algunos han presentado a Seligman como el iniciador de una «nueva era» psicológica en la que esta disciplina tendría como única misión conseguir la felicidad. Esta propuesta esconde una concepción de un hombre enfermo permanente que debe afrontar –obligatoriamente– la existencia de forma positiva¹⁰.

El propio Seligman, ha querido definir el paradigma de la existencia como la «vida placentera», que consistiría «en saber promover emociones positivas y que estas sean duraderas». Ante este ideal, reaparece el enemigo del hombre: su precariedad material y psicológica. Desde la teoría sistémica de Luhmann, la relación identidad y subjetividad, están relacionadas con el lugar que ocupamos en la estructura social y en la función que cumplimos en el sistema. Ello, en una sociedad relativamente estable no provocaría sentimientos de precariedad ni crisis de identidad. Pero el mismo Luhmann advierte que: «En el caso de una diferenciación funcional la persona individualizada ya no puede seguir siendo radicada permanentemente en un subsistema de la sociedad, sino que tiene que ser concebida y considerada como un ser inestable socialmente»¹¹. Esta situación inestable y variable en la que vivimos, es la que explicaría cómo las «tecnologías del yo» exigen de sujetos «expertos» que «curen» al sujeto debilitado. Es desde esta perspectiva desde la que queremos analizar la aparición del *coaching*.

Coaching como terapia posdemocrática

Uno de los presupuestos antropológicos de la moda del *coaching* es que todos los seres humanos estamos enfermos por no haber alcanzado la felicidad o por no haberlo intentado. Autoridades reconocidas denuncian este supuesto y afirman que estamos creando artificialmente trastornos. Un caso es el norteamericano Allen Frances que dirigió durante años el *Manual Diagnóstico y Estadístico (DSM)*¹². En una entrevista, aludía a sus colegas que habían trabajado la última versión del DSM: «habéis ampliado tanto la lista de patologías, les dije, que yo mismo me reconozco en muchos de esos trastornos. [...] Hemos creado un sistema diagnóstico que convierte problemas cotidianos y normales de la vida en trastornos mentales»¹³. Esta denuncia

⁹ Cf. SELIGMAN, MARTIN: *La auténtica felicidad*, Argos Vergara, Barcelona, 2003, p. 30.

¹⁰ En ello insiste Eva Illouz: «El discurso terapéutico ofrece una matriz cultural enteramente nuevo –hecha de metáforas, oposiciones binarias, esquemas narrativos, marcos explicativos– que a lo largo del siglo xx ha moldeado cada vez más nuestra comprensión del yo y de los otros», ILLOUZ, EVA: *La salvación del alma moderna. Terapia, emociones y la cultura de la autoayuda*, Katz, Buenos Aires, 2010, p. 20.

¹¹ LUHMANN, NIKLAS: *El amor como pasión*, Península, Barcelona, 2008, p. 33.

¹² El DSM se considera la «Biblia mundial de la Psicología» y actualmente se utiliza la versión quinta. El DSM es considerado el canon de las enfermedades mentales, de sus definiciones, clasificaciones y sintomatologías.

¹³ Cf. *El País*, 28-9-2014.

la expone con detalle en una obra muy crítica con el actual sistema de medicalización de la sociedad¹⁴.

Admitida la generalización del paradigma de una sociedad estructuralmente enferma por naturaleza, podemos entender la facilidad con la que se ha extendido la práctica del coaching. Por ello Béjar, denuncia que para Seligman el estado psicológico habitual en el hombre es negativo: «Seligman da un paso más que resulta crucial: el pensamiento negativo no sólo es un síntoma de la enfermedad, la depresión, sino que es la enfermedad misma»¹⁵. Ello enlaza con una expresión que se ha popularizado en nuestra cultura: el «crecimiento personal». Fue Werner Erhard, quien popularizó la idea de «crecimiento personal», afirmando que es el coaching es lo que hace que la gente obtenga más poder, más libertad, más paz mental¹⁶. Por tanto el coaching es el remedio contra la negatividad innata del ser humano.

Pero hay que preguntarse qué es lo que considera la posmodernidad como «persona». Autores como J. L. Nancy han desarrollado una filosofía del cuerpo en la cual se trastoca la interpretación de que el cuerpo es algo subordinado a una psiqué (por no querer decir alma). Y afirma que «no es que tengamos un cuerpo, sino que somos un cuerpo». De este modo, considera que con el nuevo estatuto del cuerpo, se conforman nuevas formas de subjetividad, como propone Guattari¹⁷. Y esta es una de las causas por las que el coaching puede ser aplicado tanto al cuerpo (deporte, por ejemplo) como a sus «subjetividades» (trabajo, sexualidad, amistades, relaciones, espiritualidad...).

El coaching encajaría con la teoría sistémica de Luhmann, ya que: «No es posible retirarse sencillamente a la propia autonomía y confiar en la capacidad de adaptación implícita en ella»¹⁸. Por eso, las diversas modalidades de coaching suelen establecerse mecanismos del control conductual por parte de los «expertos»: «(para ellos) La felicidad –denuncia Béjar– es resultado de un entrenamiento riguroso»¹⁹. De ahí que para Seligman, los «worriers» (o pesimistas) son gente poco fiable, impredecibles y resistentes al cambio. Son el detritus de la sociedad que no quiere ser feliz, se resisten a la moda de la autoayuda o al coaching. Son los que impiden que la sociedad progrese. En este punto, surge una vinculación entre las terapias de coaching y el Estado moderno. Esta relación la detecta Vanessa Pupavac en su obra *Therapeutic Governance* (2001) cuando sostiene que «el paradigma terapéutico se ha convertido en la forma en que las instituciones estatales se relacionan con los ciudadanos: en la vida pública se generaliza la “política del sentimiento”; en la educación, la autoestima desplaza a la formación intelectual; en la familia se profesionalizan las relaciones y la crianza de los hijos. Este paradigma ha redibujado la relación política entre ciudadano y Estado».

Otros autores denuncian el coaching como una forma de control del sistema capitalista para que el trabajador se someta «feliz» a la autoexplotación. El profesor Stefano Abbate, concluye al respecto que: «Hay otro fenómeno que [...] contribuye al control social mediante el trabajo. Nos referimos a la autoexplotación del trabajador en el sistema neoliberal [...] La oprimente competitividad y la mejora continua del trabajador

¹⁴ Cf. FRANCES, ALLEN: *¿Somos todos enfermos mentales?*, Ariel, Barcelona, 2014.

¹⁵ BÉJAR, HELENA: *Felicidad. La salvación moderna*, Tecnos, Madrid, 2018, p. 129.

¹⁶ Cf. PÉREZ GORDILLO, VANESSA: *La dictadura del coaching*. Akal, Madrid, 2019.

¹⁷ Cf. GUATTARI, Félix: *Producción de subjetividades*, Manantial, Buenos Aires, 1992.

¹⁸ LUHMANN, NIKLAS: *El amor como pasión*, Península, Barcelona, 2008, p. 34.

¹⁹ BÉJAR, HELENA: *Felicidad. La salvación moderna*, Tecnos, Madrid, 2018, p. 172.

le empujan constantemente a aumentar su rendimiento para encontrar sentido a su día a día [...] formación continua, liderazgo o coaching son algunas de las palabras que acompañan a este nuevo paradigma»²⁰.

Especialmente en el mundo laboral se ha puesto de moda el llamado «coaching coercitivo»²¹, que ha sido duramente criticado por intrusismo, incluso por prácticas sectarias. A propósito, la Red Iberoamericana de Estudios de las Sectas (RIES), ha desarrollado un catálogo contra el «coaching coercitivo» advirtiendo que «Ya no se denominan “coercitivos”, sino que ahora usan eufemismos: Sanando tu vida, Coaching inside, Liderazgo transformacional, Samurai game, Ingeniería de lo imposible, etc»²². Las estrategias del coaching coercitivo pretenden generar cambios emocionales y cognitivos de modo extremadamente veloz. Algunas de las prácticas más nocivas están relacionadas con el relativismo moral, la causalidad radical que divide a los participantes entre víctimas y responsables o el establecimiento de relaciones sexuales entre coaches y participantes.

Conclusión: qué esconde el coaching

Formalmente, el coaching proviene de Estados Unidos. Uno de sus creadores fue Timothy Gallwey. En los años 70 participó en una secta denominada Misión de la Luz Divina (secta de origen hindú) cuyo líder era Prem Rawat. Esta secta proponía «que los individuos y naciones descontentos e insatisfechos nunca pueden promover una paz duradera en el mundo». Por tanto, su finalidad era que los miembros alcanzaran la felicidad a cualquier precio. Timothy Gallwey, en el año 2000, publicaba *El juego interior del trabajo*. En 2009 aparecía otra obra más refinada: *El juego interior del estrés*. Era un método para combatir el «diálogo interior negativo». En este libro y otros posteriores de «expertos» en coaching se pueden extraer claves para comprender el fenómeno. La primera es la obligatoriedad de la «positividad» y el optimismo antropocéntrico. Para ello se pueden recurrir a pseudociencias como la *Programación Neurolingüística* (PNL), como forma de aprendizaje rápido y sencillo²³. Otro clásico del coaching es *El Secreto*, de Rhonda Byrne. Esta obra presupone que si «conectamos» con el universo y alcanzamos el pensamiento «positivo» atraeremos cosas buenas a nuestra vida e incluso curar enfermedades graves. De vez en cuando salen libros como el de la periodista Barbara Ehrenreich, *Sonríe o muere*, que denuncian esta literatura como sectaria. En conclusión, podemos afirmar que el mundo del coaching, tiene demasiados claroscuros, que aún no han sido suficientemente investigados. El coaching, en su inmensa mayoría de modalidades corresponden a una antropología que presuponen un fracaso del humanismo y la necesidad de la reconstrucción del yo en base a métodos o tecnologías que pueden predisponer al control social político o incluso sectario. ●

²⁰ ABBATE, STEFANO «Métodos de control social en las sociedades de control», en MARTÍNEZ LUCENA et al., JORGE: *Control social e imaginarios en las teleseries actuales*, Editorial UOC, Barcelona, 2019, p. 37.

²¹ Este tipo de coaching tiene como raíz una secta llamada Mind Dynamics (1962) que posteriormente pasó a denominarse Leadership Dynamics.

²² También se ha denominado coaching ontológico, coaching vivencial o coaching de vida.

²³ Sus creadores, Richard Bandler y John Grinder afirman que existe una clara conexión entre los procesos neurológicos, el lenguaje y los patrones de comportamiento aprendidos, y que mediante sus técnicas pueden cambiarlos para lograr la felicidad.

NACIMIENTO DE UN NIÑO

JOSÉ MARÍA MÉNDEZ

Presidente de la Asociación Estudios de Axiología

«Hay» un brusco agitarse y el roce de algo que se escurre blandamente, lubricado por aguas espesas. «Hay» un urgente impulso hacia adelante. «Hay» un tacto desconcertado, el paso de una frontera elástica, un escozor doloroso, una luz hiriente, una agitación desconocida y rítmica, algo que se abre paso desde dentro, un grito. El espacio se onduló amorosamente. Mucho tiempo después supe que había sido acunado. Entonces no sabía nada, porque no había nadie que pudiera saber. «Yo» llegué después, las canciones de cuna, los besos, cuando esa conciencia pegada a las sensaciones, que era luz en la luz, tacto en el tacto, calor en la ternura, identidad del sentiente y lo sentido, fue independizándose, distanciándose de las impresiones, que empezaban a ser cosas. Grandes ritmos lo organizaban todo: el desasosiego y la calma, la vigilia y el sueño. Por fin aparecieron los rostros, las palabras, el divertido sonar de un sonajero, las sonrisas, tan divertidas de imitar y también «Yo» como centro del paisaje.

De esta curiosa manera describe José Antonio Marina su propio nacimiento. Las palabras hay y yo están con cursivas en su libro *El laberinto sentimental* (Anagrama 1996. Pag. 56). Aquí las hemos entrecomillado.

Es decir, Marina nació como un impersonal «Hay», y un cierto tiempo después, que no precisa, empezó a ser un «Yo».

Sin duda este pensador conoce el cálculo lógico descubierto por Frege y Peano en el último tercio del siglo XIX. También sabe que, gracias a ese descubrimiento, ha sido posible construir el ordenador con que probablemente ha escrito sus brillantes libros. Es una persona culta y bien informada. Pero no ha debido caer en la cuenta de que, si ha sido posible que un lector entienda la descripción anterior, eso se debe justamente al cálculo lógico. Tanto él como el lector se han atenido a los mismos operadores lógicos. Marina se sometió a ellos para que su texto sea inteligible. Y el lector entiende su ingeniosa descripción, porque también se rige por los mismos operadores lógicos.

Dejemos al lector de lado. ¿Cuándo empezó el recién nacido Marina a estar en posesión de los operadores lógicos? Por lo menos, cuando se dio cuenta de que era un «Yo». Un yo pensante, en posesión del primero de los operadores lógicos, el afirmador-negador (lo formal del conocimiento). Y cuando se ha realizado la identidad entre el sentiente y lo sentido (lo material del conocimiento). El «yo», una vez en posesión de ambos elementos, fue capaz de formular en su mente infantil la primera oración gramatical compuesta de sujeto y predicado (materia). Y sobre todo de afirmarla (forma). Esa frase fue

yo soy distinto de lo que me rodea.

Cuando encuentro un matrimonio con un niño de ocho o nueve meses, suelo preguntar ¿habla ya? Si me aseguran que aún no ha pronunciado palabra alguna, digo al niño ¿tienes nariz? Y más de una vez he observado con gran sorpresa que el niño ha llevado su manita a la nariz. Y lo mismo si he preguntado ¿tienes ojos? ¿tienes boca? El niño es todavía mudo y no puede emitir fonemas. Pero está claro que posee los



operadores lógicos, y con ellos el lenguaje. Ha entendido mi pregunta y ha respondido a ella. Con su gesto, el niño ha enunciado la frase

yo tengo nariz.

Su lenguaje es gestual. El gesto substituye a las palabras propias del lenguaje fónico. Pero el operador lógico es el mismo y la conexión sujeto-predicado es la misma. El gesto ha hecho la misma función que los fonemas o palabras materiales en nuestro lenguaje hablado. Palabras materiales son las que designan algo. La palabra formal de la frase es la afirmación, la atribución del predicado al sujeto.

El primer lenguaje tuvo que ser gestual. Adán, Eva y compañeros eran simios que no podrían articular más sonidos que los dos o tres que observamos en los monos actuales. Costó la friolera de dos millones de años que nuestros canales hipoglosales alcanzasen el ancho suficiente para permitir la emisión de los aproximadamente treinta fonemas, que tiene cualquier lenguaje actual. La Torre de Babel, más que un castigo divino, fue el paso desde el lenguaje gestual y único para todos los humanos, a una multitud de lenguajes fónicos. Incluso en nuestros días recurrimos al primitivo y único lenguaje gestual, si no tenemos un lenguaje fónico común con nuestro interlocutor.

Volvamos a Marina. Hemos precisado algo que él no sabía. Cuando tenía 8-9 meses pudo decir su primera oración gramatical en lenguaje gestual.

Tradicionalmente se han empleado palabras tales como espíritu, alma, mente, yo, persona o quien para denotar esa realidad inmaterial, que nos permite pensar y hablar. Después de la formalización de la lógica debiéramos decir con mayor rigor posesión de los operadores lógicos.

¿Podemos afirmar que a los 8-9 meses, y no antes, todo niño empieza a ser un yo

poseedor del lenguaje? Si eso fuera cierto, matar un niño de un mes sería lo mismo que matar una lagartija. No sería asesinar una persona humana.

Pero de que un niño de un mes, o de una hora, o de un minuto, no hable, ni siquiera con gestos, no se deduce que no posea ya los operadores lógicos. Sin duda es cierto que, si un coche anda tiene gasolina. Pero de ahí no se deduce que si no anda no tiene gasolina. Todos los coches aparcados tienen gasolina. Es perfectamente posible que el niño de un mes, o de una hora, o de un minuto, tenga ya los operadores lógicos, Como si a alguien le regalan un raro artefacto y no sabe manejarlo. Que no lo use no implica que no lo tenga. Si el niño habla, está claro que posee los operadores lógicos. Pero eso es compatible con que los tenga y no hable.

Aunque no podemos observar nada externo, cabe que el lenguaje esté presente en el niño de un mes, o de una hora, o de un minuto. *In potentia*, no *in actu*, para usar esta terminología medieval. Cabe incluso que el lenguaje *in potentia* estuviera ya presente en el feto, antes de nacer. Y como no disponemos de observación externa alguna para establecer un antes y un después en algún momento arbitrario tras la fecundación del óvulo por el espermatozoide, cabe que los operadores lógicos estuvieran presentes justo en el momento mismo en que se forma el cigoto.

O al menos, eso es lo que sugiere un mínimo de honestidad intelectual o la ausencia de prejuicios. El nacimiento de un niño, aparte de su carga emocional tan celebrada por los poetas, es sólo un cambio de sitio, no un cambio en el código genético.

¿Pueden ser los operadores lógicos el resultado del código genético? Es justo al revés. Los libros de química, en que se describe la complicada estructura de los ácidos nucleicos, tienen una parte literaria conforme a las reglas lógicas. No son sólo fórmulas. Si alguien intentase escribir unos *Principia chimica*, emulando los *Principia mathematica* de Russell y Whitehead, estaría abocado al mismo fracaso que éstos. Los actuales libros de matemáticas siguen teniendo la parte literaria que siempre han tenido. Igualmente, se ha podido describir la famosa doble hélice gracias a que autores y lectores de los libros de química poseen los mismos operadores lógicos en sus respectivas mentes.

Se encuentra en el libro de Marina esta frase. «Pero no debemos olvidar que la cartesiana planta del conocimiento brota del humus cálido de la afectividad» (Pag. 63).

La frase es ingeniosa y hasta bella. Pero falsa. El conocimiento no brota de los afectos, sino del cálculo lógico -lo formal en él- y de la percepción de la realidad -lo material en él-. Lo mejor que podemos hacer es olvidar esa frase cuanto antes. Sólo la entendemos gracias a que ha sido escrita de acuerdo con los operadores lógicos, que Marina sigue conservando intactos desde que tenía 8-9 meses.

Eso por lo menos. Puede que los tuviera desde el momento mismo de su concepción como ser humano. Y que no hubiera ningún «Hay» antes del «Yo». Nadie puede negar esa posibilidad. Ni tampoco que ésa sea la posibilidad más probable. Señalar cualquier otro momento después del cigoto es puro arbitrio, mero voluntarismo. En la fecundación aparece un código genético *ex novo*. Lo que sigue es multiplicación y diferenciación de la célula inicial, pero siempre con el mismo código genético. El cigoto es un «Yo». Hay al menos una razón para afirmarlo. Y ninguna para negarlo. ●

SIN PROPIEDAD

JUANMA BADENAS

Catedrático de Derecho Civil y miembro de la Real Academia de Ciencias de Ultramar de Bélgica. Su último libro publicado es *La Derecha* (Almuzara, 2020). (*El Manifiesto*)

Leí con atención el último artículo de José Javier Esparza publicado en *El Manifiesto*. En él se aborda el llamado «Gran Reinicio» (Great Reset, según su nombre original en inglés). No me voy a extender sobre su contenido (de imprescindible lectura), simplemente voy a recordar al lector que el reinicio consiste en lo que las élites financieras mundiales han decidido que será nuestro mundo dentro de diez años. Esparza nos advierte de que no se trata de un plan oculto, sino de una planificación completamente abierta y transparente en la que están de acuerdo el Fondo Monetario Internacional, el Foro Económico Mundial y otras instituciones globalistas, entre las que se encuentra el Partido Demócrata norteamericano. La reelección de Trump hubiera supuesto un pequeño inconveniente en la producción de estos planes, así que había que hacer todo lo posible (los lectores ya me entienden), para evitar la reelección, tal y como los hechos acontecidos antes, durante y después de las elecciones del pasado 3 de noviembre han demostrado con claridad.

El Gran Reseteo se apoya en ocho puntos, siendo el primero de ellos, a mi juicio, el de mayor transcendencia: «No tendrás propiedades y serás feliz, alquilarás lo que quieras y será entregado por un dron». Expuesto así, parece algo inofensivo, diríase que incluso bienintencionado, pues habla de que seremos felices sin necesidad de tener nada. Me recuerda un refrán que bien podría haber inventado el papa Francisco: «no es más rico quien más tiene, sino el que menos necesita».

En efecto, ser propietario implica preocupaciones, ya que hay que cuidar y conservar la cosa, mantenerla, pagar impuestos y otras molestias. Así que si –de acuerdo con la Agenda 2030– en los próximos diez años vamos siendo todos y cada uno de nosotros progresivamente despojados de la carga de la propiedad, seguramente seremos más felices. ¿O no?

Veamos algunos ejemplos. Hoy, muchos tenemos un coche e incluso una casa, lo cual nos permite desplazarnos por cuenta propia y habitar en una morada estable en compañía de nuestra familia. Es verdad que poseer un coche obliga a mantenerlo, pagar un seguro, impuestos, etc., y que para tener una casa casi siempre hace falta constituir una hipoteca, contribuir con el IBI, cuidarla e incluso tener que pagar los gastos de comunidad; pero mientras somos propietarios estamos seguros de que normalmente, hasta que decidamos venderlos, podemos seguir utilizando el coche y la casa sin que haya nadie que nos lo pueda impedir.

Sin embargo, como sabe el lector, la propiedad no es lo mismo que el arrendamiento. El inquilino tiene un contrato temporal que necesita ser renovado cada cierto tiempo. No es lo mismo ser el propietario de un coche que ser su arrendatario, y tampoco es igual ser el dueño del inmueble que estar a merced de un alquiler. Hay algunas cosas que conviene tener en cuenta: sólo el propietario de la vivienda puede hacer reformas en ella y ajustarla plenamente a sus necesidades, mientras que el inquilino ha de pedir permiso al propietario a veces incluso para cambiar el color de las pare-

des. La situación actual de propiedad e inquilinato se corresponde con la de un mercado en el que hay una gran variedad de propietarios (grandes y pequeños, empresarios y particulares), con unos Derechos nacionales muy protectores de los intereses de los inquilinos (en España vamos a tener hasta una Ley antidesahucios). Pero la situación no será la misma si los propietarios son solo unos pocos fondos internacionales, radicados en no se sabe dónde, con unos Derechos nacionales cada vez más irrelevantes, sin papel moneda –sino simplemente monedas digitales, controladas por unos pocos bancos centrales y otros agentes desconocidos– en la que todos los arrendamientos serán celebrados por medio de *smart contracts* (contratos inteligentes), que seguidamente explicaré.

Los *smart contracts* son un tipo de programas informáticos que, según una definición bastante extendida, «facilita, hace cumplir y ejecuta acuerdos registrados entre dos o más partes». Es decir, son unos contratos digitalizados que al mismo tiempo que formalizan un acuerdo entre las partes (por ejemplo, un arrendador y un arrendatario), permiten que el contrato se vaya ejecutando minuto a minuto y segundo a segundo, de acuerdo con la programación establecida en el propio contrato. De manera que ya no hace falta que haya leyes ni jueces, ni nada parecido, porque es el propio contrato, basado en la tecnología *blockchain* (cadena de bloques), el que actúa como intermediario entre las partes. Todo se debe realizar conforme a lo establecido en la cadena de bloques de información, de manera que si una de las partes deja de cumplir lo estipulado en el contrato inteligente la relación queda escindida desde ese mismo momento. Veamos otro ejemplo. Algunas compañías de alquiler de vehículos están empezando a plantearse el uso de *smart contracts* para la celebración de sus contratos con los consumidores. Cuando el arrendatario del coche firma digitalmente el contrato recibe una llave que le permite acceder al vehículo y usarlo, a condición de que cumpla todo lo estipulado; porque, en caso de que el contrato detecte algún tipo de irregularidad, la llave del coche queda automáticamente bloqueada, de manera que el arrendatario es privado, desde ese mismo instante, de su uso.

La misma práctica se podría trasladar a los arrendamientos de viviendas o de cualesquiera otros bienes. Si el contrato inteligente, tal y como ha sido programado por la parte arrendadora, detecta algún tipo de incumplimiento por parte del inquilino (por ejemplo, un «uso inadecuado» del inmueble, un retraso en el pago de la renta, etc.), automáticamente se bloquea la llave de acceso a la casa, el suministro de gas y electricidad y cualquier otra cosa vinculada con la vivienda. Todo ello en cuestión de segundos, sin posibilidad de reclamación ni desahucio, porque es el propio contrato inteligente el que actúa como intermediario y juez entre las partes.

Esto, desde el punto de vista jurídico es muy interesante; pero, desde el de los usuarios, no parece tan divertido. Sobre todo, si –tal como prevé el Gran Reseteo– en los próximos diez años la propiedad queda concentrada en muy pocas manos (las de los grandes plutócratas globales) y Europa se convierte en un continente de arrendatarios. Aunque felices (¿o no?).

Durante la Edad Media la propiedad también estuvo concentrada en pocas manos; pero, al menos, los señores, por medio del acuerdo de vasallaje, tenían un compromiso de defensa y protección de los vasallos que trabajaban sus tierras, cosa que no estoy seguro de que se produzca entre los inquilinos y los titulares anónimos de los fondos internacionales que terminarán por convertirse en propietarios de los bienes. Porque

la Agenda 2030 habla de que todos seremos arrendatarios, sin decir que alguien deberá seguir siendo el dueño de las cosas; pues no puede haber arrendamiento sin que alguien ostente la propiedad del bien que se arrienda. Lo que se nos viene encima no será como el comunismo (en que la propiedad de los bienes correspondía al Estado), pero acaso sea mucho peor.

Como decía Aynd Rand, «sin derechos de propiedad ningún otro derecho es posible». Quien tiene el control sobre tus cosas tiene el control de tu vida. ¿De qué sirve reclamar el derecho a la libertad de expresión o de asociación, ideológica o religiosa, si tu vida depende de que un gran fondo internacional esté contento contigo? El derecho a disfrutar de «tu casa», de «tu coche», de «tu teléfono», de tu conexión de internet, estará a merced de un *click* del gran suministrador de los bienes y de los servicios, por medio de los contratos inteligentes. También los «jueces» (aunque se habilitará una especie de justicia automática por medio de programas informáticos) y los «políticos» habitarán en las casas y utilizarán los coches y los teléfonos, ordenadores, etc. de las grandes compañías, controladas por los fondos internacionales, señores de todos los bienes.

Al final todo va concordando. Santiago Niño-Becerra lleva algunos años vaticinando la defunción del sistema capitalista que trajo consigo la Ilustración, la democracia liberal y el Estado de derecho, tal como hasta ahora lo estábamos conociendo. Él sitúa el colapso definitivo en torno a 2065, aunque reconoce que la crisis del Covid-19 va a acelerar el derrumbe. Coincide con los representantes del Foro Económico Mundial y de las restantes organizaciones globalistas en que el futuro al que nos encaminamos será sin derecho de propiedad, en un mundo lleno de arrendatarios felices que esperarán la llegada del dron milagroso.

¿Por qué las predicciones de Niño-Becerra y del Foro Económico Mundial se van a cumplir tan rápidamente? Pues porque el empobrecimiento causado por la «gran pandemia», que nos ha traído el coronavirus –que no se sabe muy bien cómo se originó– provocará, más pronto que tarde, un abaratamiento del precio de los bienes que muchas personas no tendrán más remedio que vender, lo cual producirá, a su vez, que quienes tengan liquidez (especialmente, los grandes fondos internacionales) compren muy barato. Y si esto no se consigue a la primera, vendrán dos, tres o más crisis económicas –como la de 2008– que conseguirán que se produzca el definitivo abaratamiento de los bienes y que todos terminen siendo comprados por los citados fondos (esto en lo que respecta a los inmuebles). La proscripción de los combustibles fósiles también traerá consigo que, en menos de diez años, todos nuestros coches de gasoil y gasolina resulten inservibles y que terminemos recurriendo al alquiler de vehículos eléctricos de uso temporalizado. En fin, seremos muy felices, aunque ya no tengamos nada. También la molestia de pensar cómo repartir nuestra herencia dejará de ser una preocupación; pues lo único que tendremos será un puñado de contratos inteligentes y de cadenas de bloques de información, junto a la esperanza de que un dron nos traiga algo que realmente no necesitamos, pero que los grandes amos del mundo han decidido que sí deberíamos necesitar. ●

DERECHO NATURAL, EVANGELIO E IDEOLOGÍA

PABLO SANZ BAYÓN

Profesor universitario. Doctor en Derecho

Mucho antes de que se convirtiera en Benedicto XVI, Ratzinger ya había hablado profusamente del pensamiento social de la Iglesia. Destaca un breve e interesante ensayo de tono didáctico titulado *Derecho Natural, Evangelio e Ideología en la Doctrina Social Católica. Consideraciones católicas sobre este tema*, aparecido en 1969 (puede encontrarse en la publicación *Fe cristiana e ideología*, Ed. Marfil, Alcoy, 1969, págs. 30-39).

El referido texto que se enmarca en los debates eclesiales posteriores a la terminación del Concilio Vaticano II, durante el Pontificado de Pablo VI. Ratzinger sigue un orden cronológico o evolutivo para estudiar las bases y transformaciones del pensamiento social cristiano, así como los fundamentos o componentes de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI): «el derecho natural y la biblia, aunque también existen elementos ideológicos».



El origen del derecho natural, en tanto *fisei dikaion*, «lo que es recto según naturaleza»,

se remonta a los sistemas socrático, platónico y sofista, aunque desarrolló su base jurídica en la Edad Media. Con dicho aporte, el derecho natural hizo práctica la especulación y deducción de los antiguos griegos. En la Edad Moderna, según comenta Ratzinger, la aparición del derecho positivo situó a la Iglesia en una situación problemática. La defensa de la Iglesia del derecho natural frente al orden positivo no impidió que se incurriera en cierto positivismo cristiano y que incluso el positivismo ideológico se introdujera en la Teología y en el derecho natural. El contacto con pueblos no cristianos propició que fuera absolutamente necesario buscar razones más allá de las normas cristianas concretas, de ahí que, como afirma Ratzinger, la idea del derecho natural no se formulara dentro del mundo cristiano de un modo casual sino en contacto con los árabes y por herencia de la filosofía griega transmitida a través de los mismos.

La biblia, como segunda fuente de la DSI, fue recuperada también en la Edad Media,

para proporcionar normas de las carecía el Nuevo Testamento. A este respecto, señala Ratzinger, que el Evangelio por sí mismo no contiene principios materiales que se plasmen en realidades de las estructuras sociales, pero sí constituye el punto de referencia o «idea regulativa» del enfoque cristiano de los asuntos sociales. La DSI, como cualquier otra sociología, parte de la realidad social pero su especialidad es que se añade la convicción evangélica para explicar y transformar las circunstancias sociales injustas de cada tiempo. Para Ratzinger, la DSI no es sólo una doctrina teológica sino una nueva forma de evangelización, «una nueva realización del Evangelio dentro de la historia social concreta del hombre».

La última parte del ensayo aborda la problemática y errores derivados de la DSI. Ratzinger hace autocrítica y sitúa la fuente del error en la interpretación desviada del Evangelio y de los hechos sociales. La DSI no es algo abstracto ni una fórmula supra-temporal. Tampoco el Evangelio constituye su único componente. La DSI debe estar en relación con las circunstancias concretas para suscitar interés en el hombre moderno tal como en su opinión consiguió acertadamente la Encíclica *Mater et Magistra*, de Juan XXIII.

Aunque desde 1969 han transcurrido más de cuatro décadas y los resultados de la DSI posiblemente siguen siendo algo ambivalentes, es de sumo interés remarcar la autocrítica que realizó Ratzinger en un contexto muy cercano a la conclusión del Concilio Vaticano II, cuando ya se ha cumplido su 50º aniversario. En general, hay muchos motivos para congratularnos por el enfoque aplicado a la DSI por Benedicto XVI, especialmente por su valiente Encíclica *Caridad en la Verdad* (2009), publicada en pleno terremoto de la crisis económica mundial originada el año anterior. Es de notar las resonancias que tiene de la fuente primaria de la DSI, el derecho natural, recuperando así la herencia griega del cristianismo, tal como había apuntado hace casi medio siglo con el artículo antes reseñado. Y aunque desde entonces, el mundo parece haber cambiado mucho, todavía más la pandemia de 2020, la DSI que se propuso bajo su pontificado quiso integrar lo antiguo y lo nuevo, haciendo una DSI abierta pero concreta.

Lo nuevo se construye sobre lo viejo, los problemas sociales ya enunciados por la *Rerum Novarum* de León XIII con sus respectivas propuestas solutivas: la función social de la propiedad, el concepto de bien común o el destino universal de los bienes. En este sentido, Benedicto XVI afrontó el reto por él señalado hace tanto tiempo y dio cumplimiento a su palabra. Lejos de una abstracción sólo apta para eruditos, procedió en su Encíclica –de nuevo de plena actualidad ante los estragos sociales y económicos derivados de la actual crisis sanitaria y socioeconómica– a diseccionar las causas de la crisis global y explicar al hombre moderno donde radica el centro neurálgico de la crisis: el desorden antropológico de índole moral que luego se trasladó al escenario de la economía y de la política, plasmándose en la quiebra de la confianza, es decir, la pérdida de la fe en el prójimo y en Dios. ●

«CITIUS, ALTIUS, FORTIUS», y en la montaña..., también «PULCHRIUS»

“Hay que sentir el pensamiento y pensar el sentimiento.”

Miguel de Unamuno

DIEGO FERNANDO CÁMARA LÓPEZ

Necesitamos y por eso buscamos además lo limpio y lo bello: porque no queremos renunciar a la delicadeza del espíritu para nuestros pensamientos, a la claridad y decisión en nuestras actuaciones, porque no debemos traicionar lo sublime del entorno y lo recóndito de su entraña, ni a las firmes amistades forjadas en lo difícil. Así pretendemos que sea nuestra vital, íntima y quizás utópica montaña.

Aprovechando el lema olímpico y mirando al exterior, vamos a dar un poco marcha atrás. Los primeros juegos olímpicos oficialmente datados (algunos historiadores mantienen que ya existían desde 884 a.C.), se celebraron en Olimpia en 776 a.C., en honor de los doce dioses del panteón griego que, presididos por el mismo Zeus formaban el *Concilio de los Dioses* y moraban en el monte Olimpo. El Olimpo alcanza una altura de 2.918 m sobre el nivel del mar, es la cumbre más alta de Grecia y la segunda de los Balcanes y está registrada su primera ascensión en 1913. Digo esto para resaltar la vinculación entre montaña y Juegos Olímpicos, que pasa normalmente inadvertida a pesar de la idiosincrasia de los deportes que se practican en los de invierno. En el inicio de las competiciones deportivas, celebradas como he dicho por motivación religiosa, sólo existían la carrera a pie y la carrera a caballo, los atletas debían ir desnudos y los premios consistían en sencillas coronas de laurel salvaje. El emperador Teodosio los prohibió en 393 d.C. por paganos y no se volvieron a celebrar hasta el año 1896 en la ciudad de Atenas.

Los XXXII Juegos Olímpicos de Tokio-2020 (retrasados hasta finales de Julio de 2021 por la pandemia), contienen cerca de un centenar de modalidades deportivas, incluidas ya como novedades el «*breakdance*» y la *escalada deportiva*, con un presupuesto de 15.400 millones de dólares. En los XXXIV Juegos Olímpicos de Invierno Pekín-2022, se competirá en 15 disciplinas de 7 deportes. Se ha previsto un presupuesto de 3.900 millones de dólares. No cabe duda por tanto, de que el binomio competición-espectáculo ha tenido éxito, seguramente incluso por encima de las expectativas de Pierre de Coubertin, fundador en 1894 de estos eventos, ahora mundiales.

Dentro de los juegos no han quedado relegados como vemos, deportes que son afines al ámbito de la montaña, aunque de forma paradójica falten según creo dos muy simbólicos: la *carrera por montaña*, y específicamente sobre la nieve, el *esquí de travesía* o de montaña. En cuanto al primero, seguro que en el *marathon* que tuvo que

realizar Filípides no pisó en ningún momento el asfalto o el tartán por dónde ahora corren los atletas, teniendo en cambio que atravesar terreno agreste y montañoso; junto al esquí de montaña, que se puede hacer también en variadas distancias, por equipos, relevos o en carrera individual, conjugan ambos mucho mejor que otros el espíritu deportivo con el espíritu de la montaña. Hoy sin embargo, sí son olímpicos el *esquí acrobático*, el *alpino* o de descenso, el de *fondo* y el de *saltos*, e incluso también se hacen demostraciones fuera de competición del *ballet con esquís*. Es de esperar que estas ausencias sean corregidas cuanto antes, pues si son más conocidos, serán más practicados.



Cabe preguntarnos respecto del deporte o los deportes de la montaña: ¿con la popularidad se degrada su esencia? Es verdad que el *movimiento olímpico* se ha transformado en una impresionante maquinaria comercial y que los escándalos continuos que sufre, con el dopaje casi institucionalizado durante décadas, su politización con los ejemplos de los boicots de 1980 y 1984, la admisión del profesionalismo, el patrocinio interesado de grandes empresas, no son precisamente avales del pregonado juego limpio, la «*aequabilitas*» griega, y cuya pérdida o deterioro parece inexorable cuando algo obtiene un aprecio masivo. Así quizás, si la historia de la alta montaña se viera con una óptica revisionista que concitase la atención de los medios de comunicación y por ende de millones de espectadores, algunos acontecimientos podrían ser criticados e incluso objeto de abominación: el uso de botellas de oxígeno, las cuerdas fijas y otros medios artificiales para facilitar o permitir la ascensión, el empleo de sherpas y porteadores de altura, la alimentación y medicación de diseño, o más recientemente el uso de medios aéreos para acortar la aproximación a los campamentos, e incluso el aprovechamiento de satélites para las comunicaciones y predicciones meteorológicas. No podemos dejar a un lado que incluso en el interno ambiente montañoso se ponen en cuestión la validez de algunos de estos procedimientos, y cada vez más, se clama por la supuesta «pureza».

A mi modesto entender, dando por supuesto que las transformaciones son inevi-



tables y casi siempre positivas, que la competición y la competencia forman ya parte intrínseca del calendario alpino a cualquier nivel, si nos ponemos a analizar como es debido, que sería con la óptica objetiva de cada momento y no sólo con los ojos del presente, existen profundas diferencias, al menos hasta ahora así ha sido, con los deportes preferidos por las masas, que permiten preservar la validez de los logros conseguidos, diferencias entre las que destaco:

1. El riesgo, que alcanza hasta la pérdida de la propia vida y puede causar la del resto del equipo. Normalmente la ayuda no llega de manera inmediata e incluso cuando llega, puede ser ya inútil. Y el más mínimo error es capaz de causar el mayor peligro.

2. La determinante influencia de factores incontrolables, objetivos y subjetivos, como pueden ser la enfermedad (mal de altura, edemas...), un alud, una crisis de pánico...

3. En cada época «jugaron» todos con los mismos medios a su alcance, estando su uso aceptado.

4. Es mucho mayor el esfuerzo para la superación personal, debido a la soledad casi absoluta (a veces sin el *casi*) y la afectación que se sufre por las características del lugar donde se practican.

5. Y sin duda, son distintas y más profundas las emociones, sensaciones y relaciones humanas que se crean, conforman y desarrollan.

Después de estas consideraciones, y tan lejos de las medallas, creo yo que al menos no se debe renunciar nunca a la veta de autenticidad, a lo que me parece esencial, que es el reto por mantener personalmente la bella pasión que en su día sentimos, ofrecida y luego afirmada como consecuencia de las circunstancias de la vida, que sigue todavía ahí, que a través del caos ha de ser con esfuerzo culminada; Como dije al principio, y sin que tenga que ser entendida por todos, nuestra utópica y olímpica montaña. ●

LIBROS

DÉSELO A MIGUEL

José Antonio Santana

Ed. Altaveu. 2020, 256 páginas.

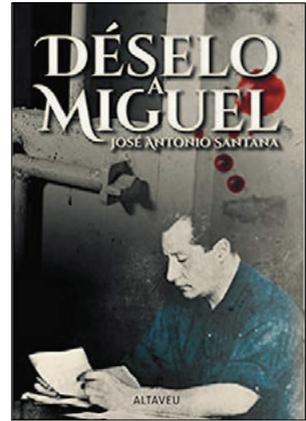
Algo debe de tener el agua cuando la bendicen, asegura un refrán. Algo debe de tener José Antonio Primo de Rivera, afirmo yo, cuando no pasa día sin que se editen libros sobre su figura y su obra. Y eso a la altura de 2021, a los 85 años de su fusilamiento, con todo lo que ha ido sucediendo en España y en el mundo... y con la que está cayendo.

Déselo a Miguel son las palabras que dan título a esta novela histórica, y en ella son con las que pide José Antonio a un probo funcionario de prisiones, D. Víctor Viñas, que haga llegar su testamento a su hermano, también encarcelado pero ya liberado de la pena de muerte. D. Víctor es un hombre escrupuloso con sus deberes profesionales, creyente y amante de su familia, y no puede sentir una doble sensación: *un fuego en el estómago al aceptar el encargo*, por las posibles represalias, y la simpatía que siente hacia el preso, ya en capilla y con *quien ha tenido algún contacto personal*.

Víctor es uno de los dos personajes principales de la trama novelesca; el otro es Antonio Salcedo, que también trabaja en la prisión de Alicante por su militancia en el partido de Azaña, Izquierda Republicana; Antonio tiene un turbio pasado, pero es también un hombre íntegro, que ha trabado relación con José Antonio y, a pesar de la teórica discrepancia de ideas, ha empatizado con él, lo considera un hombre de bien y coinciden ambos en el gusto por la poesía de Miguel Hernández, hasta el punto de que el recluso, antes de la hora fatal, le encarga que entregue al poeta de Orihuela unos versos suyos. Dos trayectorias –la de Víctor y de la Antonio– muy distintas, pero que confluyen cuando los hermanos Primo de Rivera son encarcelados, y tienen relación con José Antonio.

El autor ha puesto especial cuidado en reflejar fielmente los hechos históricos que sirven de marco a su relato, y, especialmente, de forma rigurosa y objetiva, el papel jugado por el Fundador y Jefe de la Falange; si, en un momento inicial, nos sorprende la afirmación de que su objetivo *era volver al régimen anterior*, este lapsus se corrige con creces cuando, de forma amena, fluida y sintética, se toman casi en su literalidad las palabras de José Antonio durante su defensa en el juicio, en especial las que hacen referencia a su verdadero ideario. Se advierte que José Antonio Santana ha leído las actas del proceso y los textos joseantonianos, así como que se ha informado de la *trastienda política*, tan inicua, que condenó de antemano al prisionero de Alicante; las escenas que nos han llegado de los debates –y enfrentamientos– del Jurado Popular en sus deliberaciones también tienen cabida, y el autor pone como testigo precisamente a Antonio Salcedo, que ha sido designado como integrante del mismo por su partido.

Un epílogo nos traslada a nuestros días y al ámbito familiar del autor; en esta parte



se observa cuál es la perspectiva, dentro del desconocimiento, de las generaciones actuales ante los hechos históricos que se reflejan en la novela y sobre la figura de José Antonio; incluye el texto íntegro de su testamento (el que supuestamente entregó a D. Víctor y este guardó celosamente durante los días de la guerra), así como la suposición de que la admiración del Jefe falangista por la poesía de Miguel Hernández, de militancia comunista, se hubiera traducido en cierta influencia joseantoniana en algunos de los versos de *Vientos del pueblo*.

Déselo a Miguel atrapa inmediatamente al lector, tanto por la trama novelesca como por la fidelidad a la historia real. La prosa de Santana está teñida en muchas ocasiones de elementos poéticos bien visibles, procedentes del marco luminoso de la tierra alicantina, sus gentes y sus costumbres. Lectura, pues, muy recomendable, tanto para joseantonianos convencidos, como para escépticos y, aun, para desconocedores o adversarios de la figura de José Antonio Primo de Rivera.

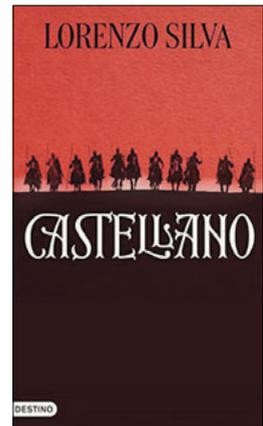
Manuel Parra

CASTELLANO

Lorenzo Silva

Ediciones Destino. 2021, 368 pág.

Este es el título de la última novela, histórica en este caso, publicada por Lorenzo Silva que acabo de leer. Una obra absolutamente recomendable para quien guste de este tipo de género literario. Siendo muy consciente de la ficción que plantea en los diálogos entre personajes, en algunas descripciones e interpretaciones personales de los sucesos acaecidos, está muy bien construida y documentada desde la realidad de los sucesos acaecidos. Me parece muy interesantes las reflexiones, íntimas, personales y trascendentes, que traslada al lector en relación a lo que considera carácter e identidad castellana. Además lo hace por contraste con otras sensibilidades de otros territorios de España. Es una clara invitación a pensar qué es aquello de ser castellano, qué lo caracteriza y cómo de puede entender, desde dentro de Castilla y fuera de ella, lo que representó y representa la identidad mesetaria.



Por supuesto que no se refiere a la actual demarcación de Castilla y León, también a otros territorios peninsulares y de ultramar en los que el sello castellano quedó impreso, quizá involuntariamente, sin pretenderlo o saberlo, pero en definitiva, algo que marcó su impronta, hoy totalmente desdibujada y diluida, pero presente, también sin saberlo. Lorenzo Silva, aprovechando el V Centenario de la Guerra de las Comunidades, disfruta de la ocasión para sumergirse en la historia para, después de varias inmersiones personales, emerger con un discurso sobre qué entiende por ser castellano. En definitiva, una obra que se presta a una lectura amena, interesante y, a diferencia de otras obras publicadas, muy personal en su trasfondo.

¿Qué es ser castellano? La respuesta es compleja, pero paradójicamente, muy sencilla. Ser castellano es ser español. España no podrá ser entendida jamás sin Castilla,

pero no esta Castilla extensa, pero despoblada, vaciada, envejecida y periférica. El estado de las autonomías ha mutilado la territorialidad de Castilla y con ella ha dinamitado su unidad. Me produce enojo, por no decir otra cosa, la declaración de constitucional de la unidad de España. Qué infamia, legalmente escrita, pero de manera efectiva, criminalmente proscrita. Castilla, y con ella los demás territorios de nuestra Patria –con mayúscula–, se han convertido en reino taifas gobernados por régulos y cortesanos –léase políticos– depredadores de la hacienda pública, entregados a sus pasiones y devociones personales partidistas. Como en el conflicto comunero, representan a los señores de aquel momento, ajenos al sentir y padecer del pueblo que les tributaba y rendía vasallaje. Hoy, el poder feudal se ejerce a través de las instituciones públicas (Gobiernos regionales, diputaciones, ayuntamientos...).

España y con ella Castilla, asume un feudalismo tribal, cavernario y montaraz, que fagocita la identidad nacional en beneficio de los señores de la periferia, siempre prestos a la sedición y rebeldía, como en tantas ocasiones. Un regionalismo centrifugador desmiembra la indisoluble unidad española, convirtiéndola en una especie de república federal con soberano –por el momento–. Ser castellano es ser español, ser castellano no solo es un sentimiento pasional y apasionado por un terruño, por grande o pequeño que éste sea, es compartir un presente y un futuro, es ser protagonistas de un empeño común, de un destino común, compartiendo un legado histórico también común. Nadie puede amar aquello que no conoce, ningún pueblo tendrá futuro si no existe un destino al que dirigirse, sin un puerto de partida. Sin rumbo ni horizonte, sin enérgico capitán al mando, la deriva, la sublevación a bordo de una tripulación embrutecida y embravecida, carente de escrúpulos más allá de la propia supervivencia, condenan la travesía histórica a un fracaso rotundo e irreparable.

Los comuneros, con sus luces y sus sombras, pusieron rodilla en tierra y se enfrentaron al poder impuesto, no deseado, de un rey todopoderoso que les negaba y desprotegía, que con sus camarillas de cortesanos apesebrados, con consejeros extranjeros y depredadores, convertían a España en suburbio del pretendido imperio. Eran patriotas muchos de ellos, otros no tanto, por ser más delincuentes que hombres de bien, que tuvieron el orgulloso empeño de declarar que Castilla es de los castellanos, que Castilla no acepta extraños, extranjeros o no, dispuestos al hurto y latrocinio de Bien público, que clamaban por la libertad y la defensa de un reino devastado y desolado por infértiles guerras civiles endémicas.

Hoy, acomplejados y sometidos a prejuicios infames, no sabemos que es ser español. En la familia, en la escuela, en los medios de comunicación, en la política, en todos los ámbitos, no se enseña ni educa en valores trascendentes, sean religiosos o no, menos aún se da ejemplo de amor a la Patria. Fíjense, queridos lectores, que ni en los colegios de Castilla se enseña que fue aquello de la Guerra de las Comunidades. Verdaderamente lamentable ¿no les parece?

Por tanto la cuestión que plantea Lorenzo Silva, podríamos trasladarla asunto global de qué es ser español. Sin embargo, Castilla que ha sido corazón y pulmón de España, junto a León, Aragón y Navarra, sus tierras hermanas y antes hermanadas, vive sumida en una decrepitud insoslayable, afeada por sus hermanas, convertida en la cenicienta de un reino con soberano entronizado, pero sin voz ni mando. De manera figurada les diré que todos somos españoles por nombre, aunque luego seamos castellanos, catalanes o gallegos por apellido. Somos familia, pertenecemos a un mismo

árbol genealógico, con un tronco común que es el que da sustento a sus ramas. Talar el tronco, derrocar a España, es dar por extinguida la existencia del edificio, de la vida del árbol. No hay España sin Castilla, no hay Castilla sin España.

José María Nieto Vigil

ESPAÑA

Santiago Alba Rico

Lengua de Trapo, 2021, 316 pág.

Así, tan escueta y retadoramente, ha titulado Santiago Alba Rico su último y apasionante ensayo, publicado por Lengua de Trapo, en el que –sin incurrir en esencialismos ni execraciones– trata de aproximarse a la realidad que se esconde detrás de tan disputada palabra. Se trata de un reto muy arriesgado en un escritor que intelectualmente procede de una tradición marxista; y cuyos antepasados militaron, de un modo más o menos entusiasta o remiso, en posiciones que la izquierda considera abominables. Así que la mirada de Alba Rico sobre España tiene algo de hermosa purga del corazón y algo de gallarda confrontación con el tabú.

En su redescubrimiento de España, Alba Rico adopta como «compañero de viaje» a Galdós, que le inspira, siquiera en parte, la visión de la historia de España como un conflicto entre católicos, quizá la idea medular del libro. Estaría, por un lado, un «catolicismo imperial», que más allá de su formulación histórica concreta serviría para designar una voluntad fanática y opresora; y habría un catolicismo heterodoxo, compasivo y con frecuencia vapuleado, con el que el autor simpatiza. Uno de los pasajes más sabrosos del libro lo dedica Alba Rico a narrar la querrela que se libró entre los partidarios de que Santa Teresa de Jesús fuese nombrada patrona de España y los partidarios de mantener al apóstol Santiago (que serían los representantes del «catolicismo imperial»). Por supuesto, Alba Rico, cuando habla de católicos, no se refiere tan sólo a quienes profesan una determinada fe (de hecho, habla de «católicos ateos», entre los que se cuenta), sino a dos maneras de ser español que, compartiendo unos presupuestos culturales, toman caminos diversos y a menudo irreconciliables.

Aunque no los sitúa en bandos opuestos (no se le escapa al autor que representantes de estas dos corrientes pueden hallar acomodo en bandos antagónicos), Alba Rico cae en la tentación de separar muy nítidamente estas dos actitudes. Le ocurre así, por ejemplo, cuando imagina una España en la que don Quijote y san Ignacio de Loyola hubiesen intercambiado sus tratamientos. Pero lo cierto es que san Ignacio concibió su misión religiosa como una caballería andante; y la criatura de Cervantes entendió la suya como una suerte de apostolado (Unamuno afirmaba que don Quijote era un avatar español del propio Cristo). En otro pasaje de su obra, Alba Rico contrapone al «catolicismo imperial» que perpetra crímenes en la conquista de América y los frailes que denuncian tales crímenes. Pero la realidad es mucho más compleja; pues lo cierto es que esos frailes no eran opositores excéntricos ni francotiradores clandestinos que



se rebelaron contra una empresa genocida impulsada desde los círculos de poder, sino que eran los inspiradores de una empresa civilizadora que inevitablemente –por ser una empresa ejecutada por hombres– tuvo muchos desvíos. Y esos frailes, que gozaban de la mayor privanza o siquiera prestigio ante los reyes, denunciaron esos desvíos con su beneplácito. La propia Santa Teresa de Jesús es un ejemplo evidente de esta complejidad; pues no se trata de una monja heterodoxa perseguida por la Inquisición, sino de una monja protegida por Felipe II a quien la Inquisición libera de toda sombra de sospecha, para escarmiento de sus enemigos.

Así que las categorías no son tan nítidas como a simple vista parece. El propio Alba Rico lo constata cuando evoca la figura de sus abuelos y de su ilustre bisabuelo, todos ellos adheridos a la causa franquista por razones muy diversas, a veces obligados por las circunstancias, a veces guiados por sus convicciones. La recuperación de estas figuras tutelares –alguna, como la del abuelo materno, muy reverentemente tratada– brinda tal vez las páginas más lúcidas y a la vez conmovedoras del libro; también las más incómodas. Pero un escritor verdadero lleva siempre a sus lectores a regiones incómodas, allá donde se sienten desabrigados, zaheridos o siquiera interpelados. Sólo los malos escritores se dedican a halagar a sus lectores.

En algún pasaje de *España*, Santiago Alba Rico se pregunta por el futuro de un mundo en el que las nuevas generaciones no han recibido ninguna educación religiosa, ni siquiera en sentido cultural, o han recibido una educación intencionadamente adversa contra la religión católica. Aunque trata de encontrar algunas ventajas en esta nueva situación, sospecho que íntimamente intuye que será un mundo muchísimo más oscurantista que aquel en el que católicos de todos los pelajes –incluidos los «católicos ateos» como él– andaban a la greña.

Juan Manuel de Prada (*ABC*)

LLÉVAME A CASA

Jesús Carrasco

Seix Barral, febrero 2021, 320 pág.

Jesús Carrasco, a comienzos de 2021, publicaba su tercera novela *Llévame a casa*. Salía a la luz en plena pandemia una obra dedicada a los cuidados, al cuidado de un ser querido cuya memoria recorre caminos cada vez más difíciles hasta terminar de extraviarse.

El hijo que se hace cargo de su madre, que vive en un pueblo, viaja hacia sí mismo mientras la acompaña. Es la historia de un reencuentro en el que se superan las incomprendiones y las frustraciones que había creado una convivencia familiar marcada por las heridas. El cuidado hacia los mayores es en este relato mucho más que el resultado de una fría obligación ética. Es la ocasión que se le ofrece al hijo de recuperar una humanidad que había ido perdiendo color.

Carrasco, que es uno de los mejores escritores en español de las últimas décadas, recrea en sus personajes heridas



que todos reconocemos como nuestras. En el encuentro o en el reencuentro de esos personajes con el otro (un cabrero, un hombre sencillo torturado por un sistema totalitario, una madre) se produce un cambio inesperado. En su primer trabajo, *Intemperie*, el encuentro tiene lugar entre un niño que huye de esa violencia sucia y atroz. El cabrero es la figura de ese padre tan añorado en este comienzo del siglo XXI, ese padre a menudo tan ausente. Es un hombre de pocas palabras, que desafía la libertad del chico, que a través de sus cuidados, de su mirada, de su forma de estar en el mundo, engendra de nuevo a una criatura que había sido deformada. Es en su compañía que el miedo, convertido en su segunda alma, comienza a ser vencido. El niño cambia y se da cuenta de que cambia, se da cuenta de que el padre con el que se ha topado en un golpe de fortuna, le ha hecho vencer el terror que antes le agarrotaba. Escapa de una casa que se ha convertido en un infierno. No tiene un plan ni las armas necesarias para hacer frente a todo el mal que le persigue. Y se topa de forma imprevista a quien le abraza, a quien le da de beber, a quien le cura. Todo esto sucede en paisajes abrasados por el sol, donde la falta de agua es angustiosa. El lector se identifica con facilidad con el niño engendrado de nuevo en medio de un desierto. El cabrero sabe desde el principio cuál es el precio de lo que está haciendo: la propia vida. La entrega consciente de lo que hace. Su cuerpo lacerado por defender al joven muchacho es presentado como un cuerpo parecido al de Cristo. La prosa de *Intemperie*, con un español riquísimo y dramático, en un mundo inhóspito, detalla la forma de un nuevo nacimiento, de un yo recreado en un tú. Acierta esta historia a describir el gran objeto de nuestra nostalgia en este tiempo.

En la segunda novela, *La tierra que pisamos*, el encuentro se produce entre la mujer del que fue un cargo importante de un régimen genocida y una de sus víctimas, un hombre que ha conseguido sobrevivir y que ha sido despojado de todo. En este caso, la relación vence la ideología, derriba las mentiras. El mal sigue muy presente. Y Carrasco describe cómo la protagonista, también ella víctima de la violencia y de la guerra (ha perdido a su único hijo) sueña primero con la resurrección y después la rechaza. La rechaza porque le parece una sublimación, porque no es real. En ese no rotundo a una resurrección que no tiene más consistencia que la búsqueda de consuelo, el autor alcanza un dramatismo lleno de provocación y de inteligencia: no sirve, no sirve una respuesta al mal que sea una simple proyección del deseo. Quizás en ese rechazo haya una profecía.

La tierra que pisamos acaba con la añoranza, con la nostalgia desgarrada de una mayor unidad entre los hombres y entre las criaturas. Carrasco sabe descubrir al lector ecos del misterio de su persona que no había escuchado, le ayuda a reconocer las paternidades que le han vuelto a engendrar. Carrasco da voz a ese grito que reclama en nosotros una unidad, una comunión, definitiva. Pero no acepta, afortunadamente, soluciones fáciles, ensoñaciones.

Fernando de Haro (*PáginasDigital*)

A photograph of a stone path in a forest. The path is made of large, flat, grey stones, many of which are covered in green moss. The path is surrounded by dense green foliage, including ferns and other plants. The lighting is soft, suggesting a misty or overcast day. The path leads uphill, disappearing into the trees in the distance.

AMANECER DE OTOÑO

Antonio Machado

Una larga carretera
entre grises peñascales,
y alguna humilde pradera
donde pacen negros toros. Zarzas, malezas, jarales.

Está la tierra mojada
por las gotas del rocío,
y la alameda dorada,
hacia la curva del río.

Tras los montes de violeta
quebrado el primer albor:
a la espalda la escopeta,
entre sus galgos agudos, caminando un cazador.

